

EL POLVORÍN AFGANO (y II)

Leopoldo García García

GB de la Escuela Superior del Ejército.

En la primera parte se ha tratado del factor físico, el factor humano y el factor político-religioso. Se va a desarrollar en esta segunda parte el factor histórico, el factor económico y un ensayo de prospectiva

El factor histórico

La inclusión del área pakhtun en la esfera de influencia y, sobre todo de interés, del Imperio británico en la India, se inicia a partir del siglo pasado y tiene su origen en el exagerado miedo británico a la amenaza rusa a sus posesiones del Asia Central, de modo que si un día decidieran atravesar el Amur Daria, deberían pasar por Afganistán y el Beluchistán Septentrional.

La verdad es que a este respecto los puntos de vista de Londres y de Calcuta eran bastante diferentes. Mientras que Calcuta era muy sensible a cualquier cambio que tuviera lugar en la estabilidad de la zona, en Londres, por su parte, estaban más inclinados a desactivar las diferencias ruso-británicas por medio de contactos diplomáticos e incluso con tratados.

En la colonia misma había dos posiciones. La Escuela de Bombay era partidaria de una política de conquista y de acción en Asia Central —la política de vanguardia—, mientras que la Escuela del Punjab estaba convencida de que el territorio se podía defender en los confines mismos de la colonia, por lo que preconizaba una política de moderación.

La aplicación de la doctrina de la Escuela de Bombay habría obligado a Gran Bretaña a ocupar militarmente, bien el área afgano-baluchi, bien la parte meridional de Tayikistán y de Uzbekistán, creando unos «Estados-tampones» filo-británicos. Dos de las tres guerras afganas, y más precisamente la de 1838-1842 y la de 1878-1880 tuvieron esta finalidad.

En ambas, el esquema fue el mismo: decidida la invasión, el Ejército británico ocupaba fácilmente las ciudades principales y se nombraba en Kabul un emir fantoche, bajo la dirección del residente británico. Para garantizar el consenso y para frenar revueltas y conflictos de los grupos tribales, el nuevo régimen debía utilizar la política del palo y la zanahoria. Por un lado distribuir enormes sumas de dinero, por otro lado utilizar de forma constante al Ejército, en la realización de expediciones punitivas. Pero, en cuanto disminuían o se suspendían las entregas generosas de dinero a los «señores de la guerra», todo el sistema se venía abajo, produciéndose unas revueltas generalizadas que llevaron, en 1841 y 1878, a la masacre de la guarnición británica de Kabul y a la destrucción de una serie de plazas fuertes.

Para restablecer «el honor británico», liberar prisioneros y apoyar a las guarniciones asediadas, fue necesario una nueva expedición, que alcanzados los objetivos se retirara al territorio controlado por el Gobierno de la India.

Del examen de estas campañas conviene subrayar lo siguiente:

- La escasa resistencia de las tribus, unas veces por la superioridad inglesa, otras por la frágil consistencia de la estructura tribal en su defensa del poder central. Muchos jefes locales no dudaron en ponerse de acuerdo con los ingleses, abandonando al emir de Kabul. Esta actitud de los niveles intermedios de poder es una característica de las estructuras segmentadas y fue aprovechada, ya en nuestros días por Najibullah para obtener algunos éxitos en su política conciliadora.
- Los vínculos étnicos y tribales no deben ser sobrevalorados. La realidad histórica demuestra que el hecho de pertenecer a un grupo étnico —que podría dar idea de nación— no se demuestra en la vida diaria, de modo que los odios entre facciones de la misma tribu, o en ocasiones del mismo pueblo, son tan fuertes que una facción prefiere el acuerdo, la coalición con facciones de otra etnia. En el caso específico de la guerra anglo-afgana, la rivalidad interna de la etnia pakhtun e incluso dentro del mismo grupo de los durraniés favorecieron indudablemente las acciones de los británicos en un primer tiempo. Pero durante la retirada de Kabul, esta fragilidad de la estructura de poder fue desastrosa para los británicos, quienes habían firmado un acuerdo para una retirada pacífica con Akbar Khan, etnia pakhtun, tribu durrani, pero sin poder coercitivo sobre la tribu *ghilzay* de la misma etnia y fueron éstos quienes se encargaron de que la retirada británica fuera infernal.
- Las acciones de combate afganas contra los británicos pueden conceptuarse de objetivo limitado, pequeños combates y golpes de mano. En los años 1841-1842 numerosas fuerzas pakhtunes montaron un largo asedio a la ciudad de *Jalalabad*, sin que consiguieran organizar un plan de ataque en serio, contra las defensas de la ciudad, aunque estas fueron desorganizadas por un terremoto. Años más tarde, en el ataque contra la misma ciudad, defendida por las fuerzas de Najibullah, los *muyahidin* esta vez apoyados por consejeros paquistaníes y americanos, debieron retirarse, con graves pérdidas sin haber alcanzado ningún objetivo.

En el año 1843 —adquisición del Sind— y en los años 1845 y 1848 —eliminación de la confederación Sijs y anexión de su territorio— el Gobierno británico de la India tomó un mayor contacto con el territorio poblado por la mayoría pakhtun. La estrategia británica de mantener un cierto control en el área de la actual «Provincia de la Frontera Noroeste» paquistaní y sobre la región de Zhob y de Quetta —actualmente en la provincia paquistaní de Beluchistán— obligó a Calcuta a una confrontación continua con las poblaciones locales.

Experiencias anteriores determinaron la norma de conducta británica. No buscaron la ocupación militar, sino que se movieron en el campo de los tratados con las tribus, buscaron la sustitución de jefes hostiles al Gobierno de Calcuta. En resumen, lo que hicieron fue crear una burocracia en el territorio ocupado, sujeto a su influencia. En realidad, las tribus fueron siempre muy celosas de su independencia, por una parte se plegaban a los tratados por temor a la reacción británica, pero los respetaban con dificultad y alternaban con la adhesión a los jefes locales en sus enfrentamientos contra los británicos.

Esta situación determinaba la necesidad de realizar expediciones militares. Entre 1850 y el principio del siglo xx hubo, por lo menos, una expedición anual. Estas expediciones diferían en su entidad y en sus objetivos, según se tratara de pacificar una zona o de castigar algún grupo tribal, al que las dádivas británicas no conseguían, en ocasiones, aplacar su belicosidad.

La política británica estuvo calcada de la del emperador Moghul, intentando controlar las tribus por medio del pago de unos subsidios, acentuando las luchas internas entre los clanes y grupos y capturando rehenes con la finalidad de asegurarse el buen comportamiento de la tribu. El hecho de que la sociedad pakhtun tuviera una estructura segmentaria ayudaba los propósitos británicos. De acuerdo con el *pakhtunwali*, la responsabilidad del acto cometido por un individuo, no atañe solamente a éste sino también a todo el grupo al que pertenece. Así, se recuerda que los comisionados británicos excluían de los mercados de Peshawar, con las repercusiones económicas que ello suponía, a todos los grupos tribales que hubiesen actuado contra las reglas impuestas por la Administración británica.

En los últimos 20 años del siglo xix y la primera década del xx, el Gobierno británico de la India se esforzó en hacer del área pakhtun un fuerte baluarte anti-ruso, pero sin repetir los errores de ocupar todo el territorio. En el territorio controlado, se apoyó económicamente al gobierno de Abdul Rahman, llegando incluso a ayudarlo militarmente para crear un ejército «nacional pakhtun», con misión de mantener el orden político-social interno. En lo que se refiere al territorio pakhtun ocupado, se continuó con la política tradicional: ayudas económicas, estrategia de «divide y vencerás», expediciones militares y tratados con jefes locales.

La política puesta en práctica por los británicos determinó la presencia continua de europeos en aquellos territorios y con ellos llevaron su cultura y su estilo de vida, que llegaron a modificar la cultura tradicional y empujaron a los elementos más conservadores a concretar sus sentimientos en un movimiento de rechazo, anti-occidental, que surgió en 1897 en el área de la «Provincia Fronteriza del Noroeste».

La revuelta puso a la región fuera del control británico durante meses y dio ocasión a numerosas deserciones en las unidades autóctonas, motivadas en parte por fricciones internas y por otra parte, en el carácter del islam de fin de siglo. No obstante lo anterior, hay que dejar constancia que, salvo la revuelta señalada, las tropas indias mantuvieron siempre una gran lealtad a la bandera inglesa y a los oficiales británicos.

En el mes de enero de 1899 se nombra Virrey de la India a lord Curzón y la política inglesa sobre el territorio pakhtun se modificó de forma total y la «política de vanguardia» fue poco a poco abandonada. Curzón llevó a cabo una política basada en tres tipos de acciones:

- Concentración de las fuerzas inglesas, que estaban demasiado dispersas sobre el territorio.
- Reducción al mínimo posible de las interferencias en la vida cotidiana de las tribus.
- Control y reducción del creciente tráfico de armas en la zona.

Si las dos primeras acciones tuvieron una aplicación efectiva, sin que por ello disminuyera la influencia inglesa sobre el territorio, en relación con la tercera acción, la aplicación no fue tan efectiva por el hecho de que la configuración del territorio ha favorecido siempre el tráfico ilegal y el contrabando.

El moderno Afganistán fue fundado en 1747 por Ahmed Shah Durrani. Un pakhtun, de la tribu durrani fue elegido Rey por un consejo de la tribu, después del asesinato del persa Nadir Shah en Khabushan en este mismo año. Los durraníes consiguieron unir bajo una sola bandera a toda una serie de pequeños principados y *khanatos*. Su gobierno se extendió desde Meshed en el Oeste hasta Cachemira y Delhi en el Este y desde el río Amur Daria en el Norte hasta el mar de Arabia en el Sur. Es importante señalar que todos los gobernantes de Afganistán hasta el golpe marxista de 1978 fueron pakhtunes, de la tribu durrani y desde 1818 todos fueron miembros del clan Mohammadzai, de la citada tribu.

En el año 1880 subió al trono afgano Abdur Rahman y durante su reinado comisiones rusas y británicas establecieron las fronteras del moderno Afganistán, reservándose los británicos el control de la política exterior de Kabul.

Alemania no escatimó esfuerzos para fomentar los sentimientos anti-británicos a lo largo de las fronteras de la India británica durante la Primera Guerra Mundial, pero Afganistán permaneció neutral, aunque este posicionamiento no fue muy popular en el país.

Habibullah, sucesor de Abdur Rahman, fue asesinado por los miembros de un movimiento anti-británico en 1919. Su hijo Amanullah consiguió el control de la política exterior de Kabul después de que se iniciara la tercera guerra anglo-afgana. Durante este conflicto los británicos, cansados de guerrear, devolvieron los derechos a los afganos, después de las primeras victorias de éstos. El día 8 de agosto de 1919 se firmó el Tratado de Rawalpindi y en memoria de este acontecimiento, los afganos celebran el Día de la Independencia el 19 de agosto.

El rey Amanullah se propuso sacar a su país del tradicional aislamiento en el que se encontraba. A tal efecto estableció relaciones diplomáticas con la mayor parte de los países y, a raíz de un viaje realizado por Europa y la Turquía de Ataturk, en el año 1927, lanzó una serie de reformas tales como la abolición del velo tradicional islámico de la mujer y organizó una serie de escuelas mixtas. Estas medidas ofendieron a muchos líderes religiosos y de tribus, que con el deterioro del ejército de Amanullah, hizo de éste fácil presa para Bacha-i-Saqao —hijo de aguador—, un bandido que conquistó Kabul, obligando a Amanullah a abdicar en enero de 1929.

El príncipe Nadir Khan, primo de Amanullah derrotó a Bacha-i-Saqao el 10 de octubre de 1929 y con el apoyo de las tribus pakhtun fue declarado Rey, pero cuatro años más tarde fue asesinado por un fanático seguidor del difunto rey Amanullah.

Mohamed Zahir Shah, sobrino del rey Nadir Khan y de 19 años le sucedió en el trono, reinando desde 1933 a 1973, año en que fue destronado por su primo Sardar Mohammad Daud, proclamando la República.

Mientras tanto, Gran Bretaña dio la independencia a la India, dividiendo el territorio en dos Estados soberanos. El territorio de la «Provincia Fronteriza del Noroeste», es decir todo el territorio pakhtun controlado por la Administración británica, pasó bajo el control del nuevo Estado paquistaní. Las Agencias Tribales del tiempo de la dominación británica fueron mantenidas pero, el nuevo gobierno de Islamabad, con la finalidad de evitar conflictos y deseando buscar el consenso, aceptó que fuese el *pakhtunwali* el código que regulara las controversias que se suscitaron en el seno de las tribus y entre ellas. Por otra parte, Isla-

mabad se apoyó decididamente sobre la etnia pakhtun, confiando la mayor parte de los cargos de la administración local y provincial a miembros de esta etnia.

El hecho de que la mayoría de la etnia pakhtun estuviera dividida entre Afganistán y la «Provincia Fronteriza del Noroeste», separados por una frontera ficticia, presentaba un problema para el nuevo Estado, separado en dos provincias —Oriental, después Bangladesh y la Occidental después Pakistán simplemente— y con una población formada por diversos grupos étnicos, no exenta de refugiados procedentes de la India, y cuyo único nexo de unión era la fe islámica. La verdad era que la «Provincia Fronteriza del Noroeste» estaba más «cerca» de Kabul que de Islamabad. Máxime cuando había líderes paquistaníes como Ali Jinnah, que preconizaba una amplia autonomía, de las cuatro provincias. Jinnah con esta idea consiguió atraerse a la población pakhtun, que el día 15 de agosto de 1947 aprobó, por plebiscito, su adhesión al nuevo Pakistán.

La desaparición prematura de Jinnah y los periodos confusos de la Asamblea Constituyente enfriaron el entusiasmo pakhtun, transformándolo en oposición al dictador Ayub Khan, cuando redujo las cuatro provincias occidentales a una sola macro-unidad administrativa.

La maniobra fue percibida por parte de los pakhtunes como una imposición de la mayoría punjabi, que ocupó todos los niveles de la Administración. La idea de una separación del Pakistán empezó a circular. Era la idea del Pakhtunistán, un Estado de fuerte caracterización étnica, que debería incluir Afganistán, la «Provincia Fronteriza del Noroeste» y parte del Beluchistán paquistaní, bien directamente, bien por medio de cualquier forma de federación. Para Kabul, la idea era la realización de la unidad pakhtun, que ya había existido en tiempos de los sijs, a principios del siglo XIX y que los ingleses se apresuraron a disolverla en la segunda mitad del mismo siglo. La pertenencia a la misma fe religiosa, que había servido como cemento unificador contra la India y los británicos, no podía servir ahora a los pakhtunes, de ambos lados de la frontera, contra los nuevos dirigentes del Pakistán.

Había otro problema del que ya se ha mencionado. El grupo étnico pakhtun estuvo siempre fragmentado, con facciones opuestas, con una estructura de poder acéfala y desde luego, presentando una acusada fuerza centrífuga en relación con el poder central. Desde el punto de vista político, no había unanimidad en la idea del Pakhtunistán, entre los jefes tribales y entre las poblaciones de las tribus y especialmente en la «Provincia Fronteriza del Noroeste» donde había un verdadero deseo de autonomía y de independencia de Islamabad y de la Administración Central dominada por la etnia punjabi, pero ya no estaba tan claro que hubiera un deseo de cambiar la dependencia de Islamabad por la de Kabul.

El tiempo fue resolviendo el problema gracias al especial tratamiento que las autoridades paquistaníes dieron a la provincia, actuando de manera a concederle una mayor autonomía y especialmente por la puesta en práctica de una serie de planes con la finalidad de mejorar la infraestructura económica. Proyectos paquistaníes y estadounidenses en el campo de los regadíos, de la prevención sanitaria y de la educación contribuyeron a ver con distintos ojos a la Administración paquistaní, de modo que cuando se produce la invasión soviética la idea del Pakhtunistán no era más que un recuerdo.

Mientras tanto en Afganistán reinaba *Mohammad Zahir Shah*, que había subido al trono en 1933, con 19 años. Del año 1953 al 1963 fue primer ministro Sardar *Mohammad Daud*, primo del Rey. Durante sus 10 años como primer ministro, Daud solicitó la ayuda militar y económica de los soviéticos e implantó una serie de controvertidas políticas sociales, incluyendo la abolición del *pardah*. Daud durante su mandato no escatimó esfuerzos para establecer el Pakhtunistán, en la dimensión ya presentada, lo que produjo una serie de tensiones con Pakistán, hasta que dimitió en 1963.

En el año 1964 el rey *Zahir Shah* dotó al país con una Constitución liberal, con dos Cámaras, de las cuales el Rey designaba un tercio de los diputados, el pueblo elegía un tercio y el resto era seleccionado, de forma indirecta por las asambleas provinciales. El «experimento democrático» produjo reformas poco duraderas, pero dio lugar a la creación, no oficial, de partidos extremistas, tanto de derechas como de izquierdas.

El país adoptó una posición de no alineamiento en la escena internacional y se inició un desarrollo económico, apoyándose en una ayuda internacional, completamente desinteresada. Americanos y soviéticos, de forma tácita se reparten el país. Los primeros abren el Sur y, en particular, construyen el aeropuerto de Kandahar, cuya pista podía permitir el aterrizaje de los bombarderos estratégicos de la Fuerza Aérea estadounidense. Por su parte, los soviéticos trabajan el Norte y abren el túnel de Salang, mejorando la travesía de la cadena del Hindu-Kush y acortando los plazos de penetración desde la ex URSS, hacia el sur del país en dirección a Pakistán. El impacto de esta «modernización» se hace sentir de manera muy diferente. Mientras en las zonas rurales el cambio es mínimo, Kabul conoce una especie de «edad de oro» marcada por un desarrollo urbano y especialmente por una vitalidad intelectual sin precedentes. Aparecen toda una serie de partidos políticos, círculos de intelectuales, grupúsculos estudiantiles de obediencia marxista, maoísta, islamista donde hacen sus primeras armas políticas los actores de la tragedia afgana de los años ochenta como, Babrak Karmal, Burhanuddin Rabbani, Gulbuddin Hekmatyar, Ahmed Shah Massud...

A principios de los años setenta el país entra en una fase de inestabilidad jalonada por una serie de crisis políticas.

La familia real es acusada de corrupción y malversación de fondos, lo que unido a la mala situación económica producida por una fuerte sequía en los años 1971-1972, tiene como consecuencia que se produzca un golpe de Estado, relativamente incruento dirigido por el ex primer ministro Daud, que se hace con el poder el 17 de julio de 1973, mientras el Rey toma el camino del exilio, viviendo actualmente en Roma.

La Monarquía es abolida, la Constitución de 1964 es abrogada y Afganistán se convierte en una República, cuyo primer presidente y primer ministro será Daud. Sus intentos para poner en práctica una serie de reformas económicas y sociales consiguen poco éxito y la nueva Constitución, promulgada en febrero de 1977 no consigue dominar la inestabilidad política crónica.

En el año 1965 se había fundado el Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (PDPA), que dos años más tarde se escinde en dos grupos: el *Khalq* o Partido del Pueblo y el *Parcham* o Partido de la Bandera. La diferencia entre las dos facciones no eran tanto ideológicas como culturales y étnicas. El *Khalq* estaba compuesto por pakhtunes y etnias de las

capas sociales más bajas, ligados más a las realidades provinciales y con un nivel educativo más bajo que los afiliados al *Parcham*, compuesto generalmente por no pakhtunes —sobre todo tayikos— y pertenecientes a una cierta burguesía urbana.

En el año 1977, a instancias de los soviéticos, las dos facciones se vuelven a unir, aún cuando no superen sus diferencias. Los días 27 y 28 de abril de 1978 el PDPA lleva a cabo un golpe de Estado sangriento. Daud es destituido y asesinado junto con la mayor parte de los dirigentes de la familia Mohammadzai, estableciéndose la República Democrática de Afganistán. Los hombres fuertes del nuevo régimen son Babrak Karmal (*Parcham*), Hafizullah Amin (*Khalq*) y Nur Mohammad Taraki (*Khalq*), quien acumulará los cargos de secretario general del PDPA, presidente del Consejo Revolucionario y primer ministro.

La conquista del poder y la reunión del PDPA no trae la paz entre las dos facciones, que se desgarran en una lucha interna, bien por la conquista del poder, bien por la imposición de una etnia determinada. Así:

- El día 6 de julio de 1978, la facción *Khalq* elimina del poder al *Parcham*, destituye al Gobierno y a su jefe de fila, Babrak Karmal lo envían como embajador a Praga. Se lleva a cabo una amplia depuración que lleva a prisión a unos 2.000 afiliados al *Parcham*.
- Eliminada la facción rival, los dos principales líderes del *Khalq*, Nur Mohammad Taraki, presidente de la República y primer ministro y Hafizullah Amin, viceprimer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, no tardaron en competir por el poder.
- En el mes de marzo de 1979, Taraki debe ceder a Amin el cargo de primer ministro. El conflicto es insalvable. Los partidarios de cada uno de ellos no cesan en sus intrigas y el día 16 de septiembre Amin, por medio de un golpe de Estado se hace con el poder y Taraki es asesinado. Los días 25 y 26 de diciembre, millares de soldados soviéticos invaden Afganistán, destituyen a Amin, que es asesinado y nombran a Babrak Karmal nuevo jefe del Estado.

El análisis de este periodo de incertidumbre nos lleva a destacar dos fenómenos significativos:

- Una presencia soviética en aumento, que llega a controlar campos como el de la formación de cuadros, infiltración progresiva en las Fuerzas Armadas y en la Administración, presencia masiva de consejeros y manipulación efectiva de los principales actores políticos.

El día 5 de diciembre de 1978 la URSS y Afganistán firman un Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación, documento invocado por la URSS un año después para justificar la invasión.

- El desarrollo de una oposición islamista cada vez más activa, que fue tomando amplitud a medida que aumentaba la presencia soviética.

El nacimiento y desarrollo de una oposición islamista ante una penetración comunista o ante un giro pseudo-comunista en un país islámico es un fenómeno que podemos encontrar en otros países, en los que el cemento del islam dio alas al proceso de independencia, conseguida por las armas, pero que luego los gobiernos del país independiente relegaron únicamente a los textos oficiales.

Como anécdota puede decirse que la palabra *kum* significa Dios en lengua pakhtun, mientras que el sonido *nist*, en lengua dari, da idea de negación. El fonema *kum nist* iba pues a significar para la inmensa mayoría de los afganos «aquellos que reniegan de Dios».

El activismo islámico se había iniciado cuando las orientaciones progresistas del gobierno de Daud, en 1975, dando lugar a un intento de insurrección fundamentalista en el valle del Panshir, que no tuvo éxito.

La llegada al poder de PDPA —comunista— radicalizó el activismo islamista. Las medidas de reforma agraria y las campañas de alfabetización en el mundo rural despertaron el descontento de algunos notables de las tribus y especialmente de los *mollahs*, que incitaron a la población a resistirse a lo que llamaron campaña de «sovietización».

Desde el verano del año 1978 se inició en la provincia de Nuristán una insurrección espontánea. Los meses siguientes ven como los desórdenes se extienden a las zonas persófonas del Nordeste y de Hazarajat, para pasar en el otoño a las zonas de población pakhtun. En marzo de 1979 la ciudad de Herat es el teatro de una sublevación que provoca la muerte de varias decenas de consejeros soviéticos y de sus familias, dando paso a una feroz represión por parte del Ejército afgano apoyado por la aviación soviética, que causa más de 30.000 víctimas.

A partir del verano de 1979, la insurrección se generaliza. El régimen de Kabul es cada vez más incapaz de dominar la situación y solicita un compromiso, cada vez mayor de la URSS. En el análisis de la situación hecho por Moscú se pone de manifiesto cierta inquietud por las guerrillas internas del PDPA y especialmente por el *cariz*, cada vez más sangriento que están tomando los acontecimientos, por lo que se inclinan por la facción *Parcham* del PDPA, sobre la que tienen más ascendiente y creen que está mejor vista por la población afgana, aunque no parece que dieran importancia al hecho de que esta facción estaba formada por población no pakhtun y en su mayoría tayikos.

La invasión soviética significó el triunfo del *Parcham*, que en el último año del gobierno Amin había constituido el objetivo de la represión comunista del *Khalq*. En el tiempo señalado se contabilizaron entre 50.000 y 100.000 muertos. En las ciudades, además de a los miembros del *Parcham* se persiguió a los estudiantes maoístas y a los intelectuales liberales. En las zonas rurales, las víctimas fueron los notables locales, los miembros de las cofradías sufíes y los miembros del clero.

La excusa soviética para justificar su invasión de Afganistán fue la de «intervenir para apoyar a un gobierno legítimo, instalado en la capital, con una administración y una justicia, y con unos embajadores reconocidos a nivel internacional». Este «apoyo» se concreta, en los primeros días, en un golpe de Estado, con la muerte del presidente Amin y su sustitución por otro presidente, Babrak Karmal, que vivía en Moscú, y la depuración de la facción *Khalq*, que ostentaba el poder.

La verdad es que Afganistán era un país satélite de Moscú, con una situación interna en ebullición, atizada probablemente desde el interior y que el territorio afgano era esencial para que la URSS lograra su sueño dorado de alcanzar las costas del océano Índico.

El análisis de los enfrentamientos anglo-afganos era muy interesante en conclusiones para cualquier país que hubiera pretendido incorporar el territorio afgano, pero los dirigentes de Moscú obraron con una autosuficiencia que abonó el terreno para el desastre conocido.

En los primeros días de la invasión se despliegan 50.000 hombres, con la misión de controlar la capital, las principales ciudades, algunas bases militares y los principales ejes de comunicaciones.

Los analistas han tratado de justificar el despliegue en fuerza del Ejército Rojo, recurriendo a múltiples interpretaciones como que:

- Era un acto defensivo que buscaba, a la vez:
 - Salvaguardar a un gobierno socialista amigo, amenazado por el fundamentalismo musulmán.
 - Preservar a la URSS de las eventuales acciones chino-americanas en Asia Central.
 - Acentuar el control de Moscú sobre las poblaciones musulmanas distribuidas a una y otra parte de la frontera —tayikos y uzbekos— cuya expansión demográfica podía desestabilizar el flanco meridional de la URSS.
- Se trataba de una operación que había que inscribir en una estrategia a largo plazo, que tenía como finalidad acceder a los «mares cálidos» y acercarse al estrecho de Ormuz y a las reservas petrolíferas del golfo Pérsico, tan vitales para las economías occidentales.
- No era más que una iniciativa oportunista del Kremlin, que se decidió a intervenir a raíz de que se presentaran una serie de circunstancias favorables que le iban a permitir aumentar su esfera de control, aprovechando, a la vez, la descomposición del poder afgano y la debilidad coyuntural de Estados Unidos, traumatizados por el fracaso de Vietnam y humillados por la Revolución iraní.

La intervención soviética constituye una mezcla de planificaciones, en apariencia muy meditadas, junto a improvisaciones y fallos aberrantes, que en su conjunto llegan a configurar un avispero, en razón también de la fuerza y de la heroicidad de la Resistencia afgana, que causó la sorpresa soviética. Los problemas militares vinieron acompañados por un fracaso diplomático a nivel internacional, tanto en Occidente, como en el Tercer Mundo, relanzamiento de la guerra fría y de la carrera de armamentos y endurecimiento de las posiciones americanas.

El análisis de los errores cometidos por los soviéticos nos permite señalar los siguientes:

- Envío inicialmente de contingentes de soldados originarios del Asia Central, que eran demasiado permeables a la propaganda islamista.
- Despliegue de unidades acorazadas, que se adaptaban mal a la lucha antiguerrilla.
- Cadenas de mando demasiado centralizadas. Había decisiones que se tomaban en Moscú
- Empleo posterior de tropas «europeas», poco motivadas, mal adiestradas y en un número escaso para controlar la totalidad del país.

El cuerpo expedicionario soviético tuvo unos efectivos próximos a los 115.000 hombres, a los que hay que añadir, de grado o por fuerza, millares de soldados del Ejército regular afgano, más algunos millares de milicianos afganos. Los objetivos de la acción bélica soviética era, en razón de los medios empleados, por de más limitados, los siguientes:

- Anexionarse, de hecho, el norte de Afganistán, especialmente Mazar-i-Sharif, capital económica del país y los yacimientos de gas natural
- Controlar el Afganistán «útil», Kabul, las principales ciudades y los ejes de comunicaciones que unían la frontera soviética con la frontera paquistaní.
- Despoblar las provincias del este afgano, adosadas a Pakistán, con la finalidad de liquidar los focos activos de Resistencia. La Organización de Naciones Unidas para los Refugiados fija los desplazamientos, en su mayor número hacia Pakistán y en menor cuantía hacia Irán en 5.000.000 de personas. Este movimiento migratorio forzado creó enormes problemas socio-económico-políticos en la zona y especialmente provocó una alteración de la relación de fuerzas entre las diversas etnias, con la consiguiente inestabilidad y rivalidad.
- Establecer bases, principalmente áreas como la de Shindad, en el oeste del país, desde donde aviones y misiles soviéticos podrían alcanzar Pakistán e Irán y alcanzar el estrecho de Ormuz.

Por su parte, la Resistencia alcanzó su máximo de efectivos hacia finales de los años ochenta, con un total de 150.000 a 200.000 hombres «profesionales», a los que había que añadir los combatientes «no profesionales», en razón de la tradición marcial de los afganos, según la cual todo adulto debía poseer un arma. A éstos había que añadir unos millares de voluntarios islámicos de diversas nacionalidades, que se unieron a la Resistencia para participar en la «guerra santa» contra los «comunistas».

Pero la acción de la guerrilla careció de la efectividad que cabía esperar de ella. Las razones hay que buscarlas en:

- La falta de un mando unificado.
- Las diferencias entre los combatientes del interior y los responsables políticos instalados en Peshawar.
- La falta de una política común, por cuanto el gobierno en el exilio —la *yirga*— en Peshawar fue el escenario de divisiones y de rivalidades, incluso a nivel individual, llegando a extremos de inoperancia y de falta de representatividad.
- La fragmentación de los combatientes en grupos que llegaron a alcanzar el número de 600, controlados por «jefes» con gran autonomía y en ocasiones rivales. A finales de los ochenta, solamente una cincuentena de ellos tenía más de 1.000 hombres. Además cada uno de estos «jefes» estaba afiliado, en mayor o menor grado, a una decena de organizaciones político-militares —los *tazims*— de carácter nacional o incluso regional. Estas organizaciones habían reclutado a sus miembros, en función de criterios específicos basados en la identidad religiosa —suníes o shiíes—; pertenencia étnica —pakh-tunes, tayikos, hazaras, etc.—; orientación ideológica —tradicionalistas o fundamentalistas—; origen social de los combatientes —rurales o urbanos—; tendencias políticas de los cuadros de mando notables tradicionalistas o intelectuales modernistas; republicanos o monárquicos. Los únicos factores de cohesión de la resistencia afgana eran el rechazo implacable a la ocupación soviética y la referencia a un islam militante. Al principio del conflicto existió una Organización de Liberación del Pueblo Afgano (OLPA), de carácter maoísta, que fue rápidamente liquidada.

Los puntos fuertes de la Resistencia reposaban en primer lugar en el valor individual de los *muyahidin*. Pero su combatividad y su sacrificio hubieran sido vanos sin el apoyo de la comunidad internacional, que se concretaron en:

- Una asistencia humanitaria realizada por las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) —occidentales e islámicas— que actuaron en el interior del mismo Afganistán y en los campos de refugiados de Pakistán, transformados en santuarios humanitarios.
- Una ayuda militar de gran amplitud, proporcionada por algunos servicios secretos occidentales, árabes y chino y que se concretó en apoyo financiero, envío de consejeros y grandes cantidades de armas. La ayuda americana durante el decenio de los años ochenta se estima en unos 2.000.000.000 millones de dólares en armas y dinero. A título de ejemplo, en el año 1987, la CIA entregó a la Resistencia afgana 65.000 tm de armas y municiones, parte de las cuales eran de fabricación egipcia y china. El armamento entregado a la Resistencia afgana fue muy variado, desde el más rústico hasta los misiles antiaéreos americanos *Stinger* y británicos *Blowpipe* que fueron entregados en el año 1986 y que diezmaron la flota de helicópteros soviéticos, modificando sensiblemente la relación de fuerzas.

En el año 1986, la URSS considera que Babrak Karmal no puede dar más de sí y teniendo en cuenta que la situación está empeorando, provoca y apoya un golpe de Estado que lleva al poder a Muhammad Najibullah. Había ocupado el cargo de jefe del *Khad*, la policía secreta, durante cinco años y al parecer había decretado la muerte de centenares de resistentes, lo que valió el sobrenombre de «el carnicero de Kabul».

Najibullah era más inteligente que Babrak Karmal y fue mejor líder. Consiguió dividir a la Resistencia, para lo cual pactó con varios líderes, táctica que según confesó había aprendido del estudio de las empleadas por los británicos en la India y Afganistán en el siglo XIX.

Conocedor de la situación y para protegerse de los intentos de golpes de Estado, amplió el *Khad* hasta disponer de 35.000 hombres y creó una Guardia Especial Residencial, compuesta de 11.000 hombres, cuidadosamente elegidos. Los espías del presidente cubrieron el país, pero no fueron capaces de detectar el golpe de Estado preparado por el general Shah Nawah Tahai, a la sazón ministro de Defensa, quien el 12 de marzo de 1990 trató de derrocarlo de parte del PDPA. El intento falló, Tahai huyó a Pakistán, y su socio en el golpe Gulbuddin Hekmatyar, líder del grupo de resistencia *Hezb-i-Islami* perdió parte de su prestigio.

Después de la retirada de las tropas soviéticas en 1989, Najibullah continuó la lucha y llegó a recibir ayuda soviética en armas y dinero, limitándose a defender Kabul y el este del país. El día 16 de abril de 1992 capituló, durante la toma de la capital y ante la imposibilidad de huir, se puso bajo la protección de la ONU, sin que el nuevo gobierno afgano se atreviera a detenerlo.

El día 27 de septiembre de 1996, los *talibanes* entran en Kabul y cuelgan de una farola a Najibullah y a su hermano Shahpur Ahmadzai.

El cansancio de diez años de una guerra, de la que no se veía salida, el clamor internacional y la opinión pública soviética que cada vez con mayor fuerza se manifestaba contra la guerra, determinaron que los soviéticos firmaran, el 14 de abril de 1988 el Acuerdo de Ginebra por el que se retiraban de Afganistán, retirada que se hizo efectiva el 15 de febrero de 1989.

Con la retirada soviética llega la hora de hacer el balance del conflicto. El coste humano, económico y sociológico de la intervención soviética se contabiliza de la manera siguiente:

- Del lado afgano, cerca de 1.000.000 de muertos, la mayor parte civiles; cientos de millares de heridos y amputados, víctimas, en su mayor parte del minado realizado por todo el país por los soviéticos. Se estima que los soviéticos dejaron sobre el territorio afgano más de 10.000.000 de minas antipersonal. El número de refugiados se estima en 5.000.000 de los cuales unos 3.000.000 estarían en Pakistán y el resto en Irán.
- Del lado soviético, el balance de pérdidas es menor, unos 13.000 muertos y alrededor de 35.000 heridos. Estas pérdidas fueron traumatizantes para la opinión pública soviética y desestabilizantes para el Kremlin.

Cuando cae el gobierno de Najibullah, Afganistán es un país completamente devastado. Presenta una serie de récords siniestros: esperanza de vida, 42 años; tasa de mortalidad infantil de las más elevadas; tasa de alfabetización de las más débiles. El país sufre toda una serie de carencias: penuria de cuadros experimentados, la red de carreteras devastada, sistemas de irrigación destruidos, etc. La población está totalmente traumatizada y se amontona en campos de refugiados, bien en el extranjero, bien en el propio país, como en Kabul, Herat y Mazar-i-Sharif. La guerra ha modificado los equilibrios sociales tradicionales, generadores de nuevos antagonismos. Por último, la guerra ha modificado los valores éticos, determinando que numerosos afganos se impliquen en la economía de la droga, en alguna de las fases del proceso.

El conflicto soviético-afgano ha durado diez años y constituye un ejemplo claro del *desproporcionado impacto que puede producir un conflicto «periférico» sobre el equilibrio planetario*. La derrota del Ejército Rojo frente a los *muyahidin* constituye un acontecimiento que va a tener una gran influencia sobre una serie de reacciones en cadena que van a marcar considerablemente el fin del siglo xx.

Desarrollo de la *perestroika* en 1985; retirada del Ejército Rojo y relanzamiento de la disensión en 1989; hundimiento del régimen soviético, en diciembre de 1991; fin del enfrentamiento Este-Oeste, explosión de la URSS y recomposición del Asia Central.

La retirada soviética no significa la paz. El conflicto opone en adelante al régimen de Najibullah, todavía ampliamente apoyado por la URSS y una resistencia, que continúa fragmentada y cada vez más instrumentalizada por algunas potencias regionales como, Irán, Arabia Saudí y especialmente Pakistán, mientras que las potencias occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, actúan con más discreción. Mención especial merece Pakistán cuya implicación en el conflicto es cada vez mayor, llegando los miembros del Servicio Secreto Paquistaní (ISI) a tomar parte activa en los asedios de Khost y de Jalalabad. No obstante lo anterior y a pesar de la prodigalidad de los tutores de los contendientes, hay conciencia de que ninguno de los bandos podrá imponerse militarmente al otro y el país se ve condenado a sufrir una larga guerra de usura y sin fin a la vista.

Las relaciones Moscú-Kabul fueron enfriándose a medida que pasaba el tiempo. En agosto de 1991, las noticias del golpe de Estado contra el presidente Gorbachov en Moscú fueron celebradas con júbilo. Los viejos comunistas despreciaban los deseos de paz de Gorbachov y creían que una vez que perdiera el poder, Moscú volvería a su política anti-occidental y que cualquier cooperación entre las superpotencias sobre Afganistán quedaría en nada. Cuando el golpe contra Gorbachov fracasó, los comunistas afganos se desilusionaron y empezaron a pensar que la URSS empezaba a desmoronarse. En su desesperación,

Najibullah y sus colegas buscaron que Moscú les diera seguridades. Pero fueron ignorados y los suministros soviéticos de trigo y combustible se terminaron. El golpe decisivo tuvo lugar cuando en enero de 1992, Estados Unidos y la URSS, conjuntamente, anunciaron que habían tomado la decisión de no volver a suministrar armas a los contendientes.

El astuto Najibullah trató de jugar la crisis en su favor, llegando a ofrecer a los *muyahidin* unas negociaciones en los mejores términos. Era todo lo que podía ofrecer a pesar de los enormes *stocks* de armas y municiones.

Por su parte los *muyahidin* llevaban una política tortuosa. Gulbuddin Hekmatyar, que disponía del mayor *stock* de armas de la Resistencia, acogió con júbilo el acuerdo Estados Unidos-URSS, mientras preparaba el ataque a Kabul. Cuando terminaba el año 1991, nuevos grupos de *muyahidin* aparecieron en diferentes partes del país. Mientras tanto, Najibullah difundió una advertencia para aquellos que soñaban con un ataque decisivo, recordándoles que había defendido el país durante 50 meses, después de la retirada soviética. Y podía seguir haciéndolo en el futuro.

La estrategia de Najibullah le llevó también a tratar de impresionar a Occidente. Anunció que su partido político había abandonado el comunismo y que ahora aprobaba el capitalismo, la democracia y el islam. Apoyar al mismo tiempo democracia e islam, en el que no hay democracia, era obviamente una táctica equivocada, pero Najibullah, desesperado, esperaba ganar para su causa a los líderes de los grupos políticos, religiosos y sociales. Llegaba a afirmar que desde que había abrazado el capitalismo y la democracia, su partido político estaba autorizado para participar en un acuerdo de paz.

El día 1 de octubre de 1991 varios millares de *muyahidin* atacan la ciudad de Gardez, «la puerta de Kabul». El ataque no sorprendió a Najibullah, pero alarmó a los líderes occidentales por cuanto las vanguardias estaban formadas por carros de combate de procedencia desconocida. Arabia Saudí había entregado a los *muyahidin* varios centenares de carros de combate iraquíes, capturados por las fuerzas americanas y británicas durante la guerra del Golfo. El regalo saudí era muy desestabilizador por cuanto la URSS había ya anunciado que si la Resistencia era reforzada y reabastecida por los aliados de Estados Unidos refiriéndose a Arabia Saudí y a Pakistán, podría reconsiderar el rearme del Gobierno de Afganistán.

Los *muyahidin* creyeron llegado el momento de mejorar su imagen y anunciaron una «sincera campaña de paz». Incluso enviaron un grupo de líderes moderados de la Resistencia, presidido por Sibghatullah Mojaddedi, a las Naciones Unidas, donde se entrevistaron con Javier Pérez de Cuéllar. Pero no sirvió para nada y continuó la guerra.

En el mes de mayo de 1992, la situación da un giro completo, cuando los *muyahidin* derrotan a los defensores gubernamentales de Kabul. Para conseguir esta victoria ha sido necesario que se pongan de acuerdo los tres principales líderes de la guerrilla. Estos líderes son: Ahmad Shah Massud, de *Jamaat-i-Islami*; Sayed Mansur Nadari, jefe supremo de la provincia de Baghlan y el general Abdul Rashid Dostom, jefe de la milicia uzbeka. A esta alianza se unió el general Abdul Mohmin, con la LXX Brigada, que se había amotinado contra el Gobierno, contando así la alianza con soldados regulares adiestrados.

El hombre clave de la alianza es Massud, pero los primeros guerrilleros que entran en Kabul son del partido de Hekmatyar, enemigo implacable de Massud. La guerra entre los dos líderes comienza de nuevo y los hombres de Massud expulsan de Kabul a los guerrilleros de su oponente.

Un abigarrado grupo de 51 líderes formó un gobierno de compromiso y eligió como presidente a Sibghatalluh Mojaddedi, quien da la cartera de Defensa a Massud. Hekmatyar fue tachado de «agresor», que debía ser castigado por la ley islámica, si sus fuerzas no abandonaban la lucha. Pero la verdad es que Hekmatyar no perdió con esto, ni fuerza ni influencia. Najibullah fue destituido, pero tuvo la satisfacción de ver como sus enemigos se enfrentaban entre sí.

A Mojaddedi le sucedió en la Presidencia Buranuddin quién abrió el camino al presidente Rabbani.

Hasta la caída de Najibullah, la guerra se había desarrollado en el campo y Kabul había sido preservada. Esto había determinado que se produjera una inmigración hacia la capital, de forma que en el último decenio —1982 a 1992— la población de Kabul pasó de unos 700.000 habitantes hasta casi 2.000.000. Este islote de paz y de cierta prosperidad, en relación con el resto del país, va a ser en gran parte destruido por el combate fratricida que opone a las diversas facciones de *muyahidin*, que se van a disputar el control de la ciudad, llegándose a producir siete batallas en tres años, produciéndose una masiva salida de ciudadanos desde la ciudad hacia el campo.

Las bandas que se disputaron el control de la capital fueron:

- Las fuerzas de Massud, compuestas por la *Jamaat*, las fuerzas gubernamentales que se le unieron en abril de 1992, los partidos moderados y la *Ittihad wahhabita*. A este componente se le llamará «campo presidencial».
- Las milicias del general Dostom, aliadas inicialmente a Massud y que cambian de campo en enero de 1994.
- El *Hezb-i-Islami*, de Hekmatyar, que deseaba el control de la capital, y que fue durante bastante tiempo el instrumento de los servicios secretos paquistaníes.
- El *Wahhbat shii*, con frecuencia neutro en la contienda entre los dos bloques, pero siempre enfrentado a la *Ittihad*.
- Y por último, los *talibanes*, últimos llegados a este juego, a primeros del año 1995.

La caída del gobierno de Najibullah y la conquista de Kabul por la Resistencia determina una nueva distribución de los papeles interpretados por cada bando en el conflicto. A partir de este momento, la crisis afgana se va a articular en torno a grandes principios que van a presagiar nuevos conflictos:

- La dimensión ideológica del conflicto ha dejado de ser un enfrentamiento de «progresistas marxistas» contra «fundamentalistas islámicos».
- La escena del conflicto nos presenta una serie de alianzas, completamente inesperadas después de diez años de enfrentamientos. Así, la de antiguos milicianos uzbekos con resistentes tayikos y la de grupos minoritarios no pakhtunes, con fundamentalistas de *Hezb-i-Islami* y dirigentes comunistas de la facción *Khalq*, bajo la idea de una pakhtunidad ghilzay común.

- La dislocación del Ejército gubernamental afgano y la dispersión de sus componentes y de su material, según criterios étnicos, geográficos o de intereses particulares que determinan un aumento sensible de la capacidad de fuego, de las distintas bandas. Hay incluso algunos grupos político-militares —*Jamaat* y *Hezb*, milicias de Dostom y ahora los *talibanes*— que disponen de un embrión de aviación.
- El centro de gravedad del poder que radicaba en la etnia pakhtun ha pasado a la minoría tayika, en la persona del general Massud, ministro de Defensa desde el año 1992 y de Burhanuddin Rabbani, que accedió a la jefatura del Estado, a finales de junio de 1992. La razón de este cambio se explica por el hecho de que los pakhtunes han constituido el grueso de la emigración al extranjero y sus territorios abandonados fueron ocupados por otras etnias. Como ejemplo baste decir que antes de la guerra, los pakhtunes constituían el 40% de la población afgana, mientras que en la primavera de 1992 las poblaciones pakhtun y tayika estaban prácticamente equilibradas. El hecho tiene su importancia ya que cuando los pakhtunes regresaron a sus tierras sufrieron una gran frustración, al ver sus territorios «tayikizados», dando lugar a nuevos enfrentamientos.

La aparición de los *talibanes* en la escena política afgana constituye un verdadero cataclismo en un entorno ya de por sí bastante confuso, dando lugar a una modificación en las alianzas de las diversas facciones. La llegada de los *talibanes* y sus intenciones de conquista, los configura como el enemigo común ante el que hay que unir las fuerzas. Enemigos de ayer llegan a ser aliados de hoy, olvidando sus diferencias y odios de épocas anteriores dando lugar a una recomposición de gran amplitud, en la que participan las principales facciones.

A la hora de analizar los triunfos de los *talibanes* es obligado hacer mención a la situación interna del país después de la caída del régimen de Najibullah. Más que de una guerra civil, puede hablarse de guerras civiles, limitadas, superpuestas, con frecuencia interdependientes, en las que han participado las distintas facciones. En general, puede decirse que cada uno de los grandes señores de la guerra ha dominado en su bastión, con unos límites bien definidos y en un primer tiempo estáticos.

En razón de los objetivos y de la importancia de las facciones implicadas podemos distinguir dos tipos diferentes de «guerras civiles» de carácter nacional:

- Islamistas moderados de *Jamaat*, con mayoría tayika, frente a los islamistas radicales del *Hezb*, de mayoría pakhtun. Objetivo: el control de Kabul y de los símbolos que representan y recuerdan la existencia de un Estado central, tales como presidencia, funciones ministeriales, primacía, acuñamiento y control de moneda, etc.
- Formaciones shiíes del *Wahhbat*, apoyados por Irán y el movimiento de inspiración wahhabita de la *Ittihad*, apoyado por Arabia Saudí. Objetivo: conseguir la mayor implantación en el país, frenando el desarrollo del contrario. Se trata de trasladar a Afganistán el enfrentamiento que están sosteniendo los dos «padrinos».

Estas dos «guerras civiles», en ocasiones, se han confundido dando lugar a unas alianzas ocasionales, difíciles de explicar, *Jamaat* más *Ittihad* frente al *Hezb* más *Wahhbat*, para en otras independizarse, y todo esto sin arreglo a calendario.

A estas dos «guerras civiles» nacionales hay que añadir toda una serie de conflictos provinciales, prolongación de los nacionales y que son la expresión de ciertas alianzas, pre-

sentando unos objetivos marcados por las rivalidades personales, los intereses de clanes, las divergencias entre los clanes, aderezado con las manipulaciones de agentes extranjeros, traiciones y cambios de alianzas. Ante la presencia de un enemigo común, los enemigos de ayer unen sus fuerzas y así, a partir del mes de marzo de 1995 las fuerzas del comandante Massud y del general Dostom combaten juntas contra los *talibanes* ante Kabul, así como en el sur y en el suroeste del país.

El escenario descrito no impide que a nivel local, cohabiten de forma pacífica en las *shuras* de los jefes de guerra, afiliados a formaciones que se enfrentan a nivel nacional. Una situación tan confusa genera unos riesgos elevados a la hora de interpretar situaciones. Así, los combates que tuvieron lugar en la región de Kunduz estaban más ligados a la guerra civil de Tayikistán que a la batalla de Kabul y se podían ver a los combatientes del *Hezb* y del *Ittihad* —enfrentados en la batalla de Kabul— reforzados para la ocasión por opositores islamistas tayikos, enfrentados a las fuerzas del general Dostom —aliados al *Hezb* en la capital— que actuaba en esta provincia por cuenta de las autoridades de Duchambe y de Uzbekistán.

Desde la caída del régimen de Najibullah y a medida que pasaba el tiempo, la legitimidad de la lucha armada en Afganistán era bastante discutible. Habían proliferado los «jefecillos» que se habían preparado una situación, a partir de la cual habían sometido a la población a su yugo, implantando la extorsión, apoderándose de la ayuda humanitaria, cobrando impuesto por el paso por su territorio de personas y mercancías y por la dedicación de algunos al cultivo y comercio de la droga.

La incapacidad de los principales jefes de guerra para imponer una solución política o militar, que pusiera fin al conflicto, hizo que el prestigio de que gozaban palideciera ante el pueblo llano. Una de las posibles explicaciones a la inicial carrera triunfal de los *talibanes* pudiera estar en la impopularidad de las facciones de los *muyahidin*, que no sólo ensangrentaron el país, sino que también contribuyeron con su actitud a la miseria del pueblo. Pero las esperanzas que levantaron los *talibanes* se fue resquebrajando a medida que cayeron en los mismos errores que sus rivales machacando la capital, aún cuando habían prometido no hacerlo, implantando un islam radical y arcaico, empleando unos métodos brutales que han minado la legitimidad de los «estudiantes de las *medersas*».

Después del año 1992 la noción de poder central ha sido completamente ficticia. El país se ha convertido en un mosaico de feudos, más o menos extensos, dominados por unos «señores de la guerra». Ninguno de éstos, a pesar de gozar de una autonomía de hecho, ha desarrollado un discurso separatista o ha puesto en duda la integridad territorial de Afganistán. De hecho el país está fragmentado en cinco entidades principales, bien diferenciadas, más o menos viables política y económicamente. Estas entidades son:

- El Turquestán afgano, centrado en torno a Mazar-i-Sharif y colocado bajo el mando del general Rachid Dostom.
- El Nordeste centrado sobre el valle del Panshir y el Badakhshan, mantenido por la *Jamaat* de Massud y de Rabbani, al cual se añade la región de Kabul, controlada desde primeros del año 1995, hasta la pérdida de la capital a finales de septiembre de 1996.
- El Macizo Central, hazara, feudo tradicional del *Wahhbat* shií, pero que después de la escisión de este último, ha conocido varios dueños sucesivos.

- El suroeste pakhtun, con capital en Kandahar, sólidamente mantenido por los *talibanes*, que han extendido su feudo, apoderándose en septiembre de 1995 del «Emirato de Herat» y de todo el suroeste del país, durante mucho tiempo mantenido por Ismail Khan, uno de los «barones» de la *Jamaat*.
- Las zonas pakhtunes del Nordeste, provincias de Nagarhar, Laghman y Kunar, durante mucho tiempo dirigidas desde Jalalabad por Hadj Abdul Qadir y una coalición de jefes de guerra hasta septiembre de 1996, momento en que los *talibanes* se apoderaron de estas zonas.

En la noche del 26 al 27 de septiembre de 1996 los *talibanes* se apoderaron de Kabul y comenzaron a instalar las nuevas estructuras de poder. Mohamed Omar, desde Kandahar nombró un gobierno interino compuesto de seis miembros. El *mollah* Rabbani —a no confundir con el presidente depuesto Burhanuddin Rabbani— ha sido nombrado jefe del Gobierno, que comprende además a Mohamed Hassan, antiguo jefe de la provincia de Kandahar, el *mollah* Abdul Razzaq, encargado de asuntos militares en el seno de la milicia, Maulvi Ghyasuddin, un uzbeko originario de la provincia de Faryab, en el Norte; el *mollah* Mohamed Fazil, encargado de los asuntos de seguridad del movimiento y el *mollah* Mohamed Ghaus, encargado de asuntos exteriores.

Una semana después de la toma de Kabul los *talibanes* iniciaron lo que podía ser la última ofensiva. La operación comenzó con una concentración de hombres y material a la entrada del valle de Panshir, a 80 km al norte de Kabul. En la noche del 4 al 5 de octubre comenzó el ataque con una preparación realizada con morteros de 82 mm y lanzacohetes *RPG-7* de forma que en la mañana del día 5, los *talibanes* controlaban una parte de la cumbre y sus armas pesadas alcanzaban algunas zonas del valle.

El 6 de octubre tuvieron lugar violentos combates a la entrada del valle de Panshir, entrada que había sido dinamitada para bloquear el paso de los *jeeps* y de los carros, pero los *talibanes* habían conseguido levantar algunos de estos obstáculos. Los *talibanes* habían advertido al general Dostom, que controlaba el túnel de Salang para que nos los atacara y además que no buscara ayuda militar en los países vecinos para defender su territorio.

El martes día 8 las tropas del comandante Massud pasan a la contraofensiva, en el valle de Salang, al pie del túnel que domina el acceso al norte de Afganistán. Según los testigos los *talibanes* habrían sufrido fuertes pérdidas y se vio como algún contingente de ellos abandonaban la ciudad de Jabul Saraj, situada al pie del valle de Salang. Al parecer la ofensiva había fracasado y ciertas informaciones no confirmadas, señalan la recuperación de la ciudad de Gulbhar.

A señalar que las fuerzas gubernamentales han recibido el apoyo logístico del general Dostom. Este apoyo del general Dostom al comandante Massud ha dado un vuelco a la situación.

El comandante Massud toma la iniciativa y el día 14 de octubre se apoderaba de las ciudades estratégicas de Jabal-os-Siraj y Charikar, continuando su avance hacia Kabul, empleando tácticas guerrilleras. Al parecer ha tenido lugar una reunión en el puerto de Salang en la que han participado el general Dostom, y el comandante Massud, Ismail Khan, ex gobernador de la provincia de Herat y Abdul Karim Jalili, jefe del Partido de la Unidad Islámica, que representa a la minoría étnica hazara, de confesión shií. El objetivo de la reunión es formar una coalición para defenderse contra terceros.

Es francamente difícil hacer un balance de los efectivos en el conflicto en Afganistán y más difícil todavía establecer con precisión el estado del armamento, no obstante lo anterior se pueden fijar las fuerzas del comandante Massud en unos 60.000 hombres aguerridos y bien agrupados. La palma se la llevaría el general Dostom con un ejército de 65.000 a 100.000 hombres, disciplinados y bien adiestrados, organizados en cinco-siete divisiones de Infantería.

Por su parte los *talibanes* disponen de unos 25.000 hombres, muy motivados pero equipados con armas ligeras y lanzagranadas *RPG-7* de fabricación soviética.

Los dos tercios del material acorazado pertenece a la coalición y está formado por carros *T-54*, *T-55* y algunos *T-62*. No se ha visto ningún *T-72*, ni *T-80*. Entre Massud y Dostom disponen de unas 1.000 piezas de artillería, con calibres que van desde los de 76 mm hasta los de 152 mm. Los morteros están más repartidos.

Tanto los *talibanes* como los «nordistas» disponen de un embrión de aviación compuesta por modelos *SU-17* y *SU-22* pero constituye una incognita el número de éstos que realmente están operativos. Los «nordistas» disponen también de helicópteros *MI-25*, del que carecen los *talibanes*.

La base aérea de Bagram, a unos 50 km de Kabul ha sido objeto de violentos combates a partir del 15 de octubre, cambiando de dueño varias veces en pocos días.

Por su parte Pakistán —uno de los países más interesados en la estabilidad de Afganistán— ha enviado una misión de alto nivel, presidida por el ministro de Interior, Nasirullah Babar, con la misión de visitar los cuarteles generales de los *talibanes* y del general Dostom, para buscar la celebración de un diálogo que consiga la reconciliación nacional y encontrar una solución pacífica a la crisis. Es el segundo viaje del ministro paquistaní en una semana.

Los combates no han perdido intensidad y el domingo 20 de octubre, las tropas de Massud estaban a unos 18 km de Kabul. El general Dostom propuso un alto el fuego, a partir del mediodía del lunes 21 de octubre. La propuesta fue transmitida por Nasirullah Babar a los *talibanes*. Estos aceptaron la idea, pero exigiendo que fuera seguida de un canje de prisioneros. Por su parte Massud declaró que estaban dispuestos a aceptar la tregua pero a condición de que Kabul fuera desmilitarizada. Pero el alto el fuego no fue respetado por ninguna de las partes.

El avance de las fuerzas de Massud consiguió llegar hasta 12 km de Kabul, siendo detenidos por los *talibanes*, en una serie de líneas de defensa alrededor de la capital. El día 22 de octubre, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas adoptó una resolución, a iniciativa de Rusia, que denuncia la «discriminación con respeto a las mujeres y otras violaciones de los derechos del hombre». Una condena más general de las violaciones de los derechos del hombre en Afganistán, pedida por Washington, fue rechazada por China y también por Egipto e Indonesia. El Consejo de Seguridad ha pedido a todos los Estados que se abstengan de toda ingerencia en los asuntos internos de Afganistán, «incluida la intervención de personal militar extranjero».

A finales del mes de octubre Irán intentó organizar una conferencia en Teherán, para tratar el problema de Afganistán, invitando a varios países de Asia Central, así como a Rusia,

India, Pakistán, China, Arabia Saudí, Naciones Unidas, la Unión Europea y la Organización de la Conferencia Islámica (OCI). El Gobierno paquistaní declinó la invitación, justificando la decisión por «el retroceso y la imprecisión en el orden del día y la lista de invitados».

Después de dos meses de la toma de Kabul por los *talibanes* la situación militar está estancada. A primeros de diciembre ambos bandos han tratado de conquistar nuevas posiciones antes de que la llegada del invierno inmovilice las líneas del frente.

A primeros de noviembre tuvieron lugar violentos combates sobre el frente de Kabul, entre los *talibanes* y las fuerzas de la coalición. Según el testimonio de los refugiados, parece que las fuerzas coaligadas del comandante Massud y del general Dostom llevaron la iniciativa, después de haberse acercado a la capital.

La tensión es muy viva en el Oeste del país donde el campo anti-*talibanes* está acumulando fuerzas, a las que se han unido las del antiguo gobernador de Herat, Ismail Khan, con la finalidad de atacar esta ciudad, próxima a la frontera con Irán.

Desde que Kabul cayó en manos de los *talibanes*, el día 27 de septiembre, las fuerzas anti-*talibanes* han bombardeado la capital, con sus aviones en siete ocasiones.

Una conferencia sobre Afganistán estaba previsto celebrar en Nueva York el día 18 de noviembre, bajo los auspicios de Naciones Unidas. Según un portavoz del Ministerio paquistaní de Asuntos Exteriores, en el centro de los debates de esta conferencia, a la que asistirán 16 países, entre los que se cuentan los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, estará el tema de la desmilitarización de Kabul.

El anuncio de esta conferencia tiene lugar en el momento en que Norbert Noll, enviado especial de Naciones Unidas para Afganistán, ha comunicado que los *talibanes* parecía que estaban dispuestos a retirarse de Kabul en el momento en que se firmara el alto el fuego. Por su parte la coalición anti-*talibanes* ha fijado como condiciones previas al alto el fuego, la retirada de Kabul y la instalación de una fuerza de interposición.

El frente ha permanecido estable durante el mes de noviembre a pesar de los intentos de las fuerzas anti-*talibanes* por acercarse a la capital. Durante la noche del día 23 al 24 de noviembre los *talibanes* lanzaron un ataque que les permitió recuperar la ciudad de Gul Dara, situada sobre la «vieja carretera» que recorre la parte occidental del valle que sale del norte de Kabul.

La inestabilidad de Afganistán constituye un obstáculo para el desarrollo de la Organización de la Cooperación Económica (OCE, Mercado Común del Asia Central), que tenía previsto el estudio de vías de comunicación —carreteras y ferrocarriles— que desde Uzbekistán, pasando por Afganistán, unirían el Asia Central con los puertos paquistaníes del océano Índico.

Violentos combates han tenido lugar el domingo, 1 de diciembre, a un centenar de kilómetros, de la ciudad de Herat, controlada por los *talibanes* desde hace más de un año. Los asaltantes tropas uzbekas del general Dostom, apoyado por Ismail Khan, hasta entonces refugiado en Irán, no han conseguido llevar a cabo una penetración significativa.

El día 7 de diciembre se celebró en Indonesia una reunión ministerial de la OCI. Ha asistido una delegación afgana presidida por el presidente depuesto —Burhanuddin Rabbani—

pero también se presentó una delegación de los *talibanes*, lo que produjo una situación embarazosa, resuelta por el país anfitrión, albergando a la comisión en un hotel diferente y peor al ocupado por las delegaciones e impidiéndole el acceso a las reuniones de la conferencia.

A finales de diciembre los *talibanes* consiguieron avances significativos obligando a las fuerzas «nordistas» a replegarse las posiciones que ocuparon en octubre, a una veintena de kilómetros de Kabul.

Los talibanes, en la primera quincena de enero de 1997, han llevado a cabo un refuerzo de las posiciones que ocupan con medios acorazados, artillería y tropas. Este esfuerzo se interpreta de forma muy diversa según los campos, que aseguran que se trata de defenderse de un inminente ataque de los «nordistas», mientras que éstos aseguran que se trata de preparar un ataque de los *talibanes*.

El día 16 de enero de 1997 los *talibanes* han atacado las posiciones nordistas ocupando la ciudad de Charikar y la base aérea de Bagram, encontrándose a 13 km de Jabul Saraj, donde se encuentra el cuartel general de las fuerzas nordistas. Para celebrar la victoria, el *mollah* Mohammed Omar ha ordenado la distribución en las grandes ciudades de una suma de dinero equivalente a 200.000 francos. Al día siguiente continuó el avance de los *talibanes*, al norte, de la provincia de Kalpisa, al nordeste de Kabul, hacia la ciudad de Gulbahar, que es el cerrojo estratégico del valle de Panshir, bastión del comandante Massud.

Factor económico

La caída del muro de Berlín y la posterior eclosión de la URSS configuró como Estados independientes a una serie de Repúblicas del Asia Central fronterizas con Afganistán. Así fue para Uzbekistán (31 de agosto de 1991), Tayikistán (9 de septiembre de 1991) y Turkmenistán (27 de octubre de 1991). Estas Repúblicas, así como otras situadas más al Norte, como Kazajistán y Kirguizia, durante su pertenencia a la URSS, vieron como sus riquezas eran explotadas por Moscú, sin que consiguieran grandes beneficios las tierras que las escondieron durante siglos.

La llegada de la independencia los hizo dueños de sus propias riquezas, que además despertaron las apetencias de otros países más poderosos, de la zona y de fuera de ella. Ya no se trataba solamente de explotarlas, sino de ponerlas en el mercado y el camino más corto era a través de Afganistán y Pakistán.

En el año 1985, Irán, Pakistán y Turquía fundaron la OCE, con sede en Teherán. La OCE llevó una vida un tanto lánguida, en razón de las rivalidades entre los países fundadores. En 1992 se adhirieron a la OCE, Afganistán, Tayikistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajistán, Kirguizia y Azerbaiyán.

Islamabad siempre tuvo conciencia de la importancia de Afganistán y tanto en la guerra contra los soviéticos (1979-1988) como en los enfrentamientos posteriores jugó la carta de Hekmatyar. Su objetivo era impedir la instalación en Kabul de un poder susceptible de excitar las veleidades irredentistas de los pakhtunes paquistaníes y sobre todo verse envuelto entre dos fuegos por la alianza de Afganistán y la India.

Aunque el apoyo fue masivo, Hekmatyar fue incapaz de apoderarse de Kabul, perdiendo mucha popularidad. Discutido en el seno de su etnia —pakhtun—, acusado por los americanos de financiar el terrorismo internacional y denunciado por el adiestramiento de terroristas, el aliado se había convertido en un estorbo por lo que era necesario jugar un nuevo naipe para salir del embrollo. Los *talibanes*, fundamentalistas suníes panislamistas y bien vistos por Arabia Saudí eran los más adecuados.

A los objetivos tradicionales ya señalados se unió, tras el hundimiento de la URSS, la importancia estratégica y económica de las Repúblicas de Asia Central, de reciente independencia. Tanto para Pakistán, como para las potencias occidentales y Rusia, estas Repúblicas significaban un gran mercado y sobre todo una formidable riqueza en gas, petróleo y minerales. El comercio paquistaní dependía de la ruta hacia Asia Central, la misma que hace siglos seguían las caravanas cuando el Imperio mogol comerciaba con Samarkanda, Bujara y Jiva.

Islamabad diseñó una política complementaria que inició con la reactivación de la OCE, con la declaración de Quetta el 7 de febrero de 1993. Para imponerse como un nuevo «dragón» del suroeste asiático, Islamabad comenzó a tejer, merced a una serie de acuerdos de cooperación económica, su red sobre las Repúblicas del Asia Central. Fruto de estos acuerdos fue la organización de una serie de convoyes por carretera —el primero en noviembre de 1994— que transportaron el algodón turkmeno a Karachi, a través del territorio afgano dominado por los *talibanes*.

En el mes de abril de 1995, Islamabad firmó un memorándum con Turkmenistán sobre la importación de gas, con una inversión de 3.000.000.000 de dólares, llave en mano. El acuerdo se concluye durante la visita del presidente paquistaní Faruk Ahmad Jan Leghari a su homólogo turkmeno, Saparmurad Niyazov, del 6 al 9 de septiembre de 1995. El gasoducto correrá paralelo a la carretera que une Herat y Quetta. En el marco de los proyectos de la OCE, Pakistán extenderá su red telefónica por fibra óptica a través de Afganistán.

En cuanto a las riquezas comprobadas hay que señalar que en Uzbekistán se encuentra la mina de oro más importante del mundo, con una producción estimada de 50 tm/año. En el Nordeste, Tayikistán encierra el mayor yacimiento de plata del planeta. El subsuelo de Kazajistán podría contener más de la cuarta parte de las reservas conocidas de petróleo del mundo. Desde el año 1990, las grandes compañías occidentales libran una «guerra sin cuartel». Chevron ha invertido ya 10.000 millones de dólares. AGIP y British Gaz se enfrentan a un consorcio ruso para el control de un yacimiento gigantesco de gas en Kazajistán. Y hay indicios de uranio en Gorno-Badajshan (Tayikistán) y en Kirguizia.

En junio de 1995, un representante de la firma americana Unocal se presentó en Ashkabad para realizar negociaciones con el presidente turkmeno, Saparmurad Niyazov para la explotación de los yacimientos de gas del país y sobre todo para la salida de la producción. La construcción de un gasoducto que uniría los yacimientos de Krasnovodsk con el puerto de Karachi, a través de Afganistán se tenía prevista. En el mes de agosto, Unocal, que está considerada una de las cinco mayores empresas americanas, se asocia con la firma saudí Delta Oil y dos meses más tarde, se firman los contratos con el Gobierno turkmeno. La compañía saudí había previamente excluido de este mercado a la compañía petrolífera argentina Bidas.

Los intereses en juego son enormes. Tsalik Nayberg, jefe de la delegación de Unocal en Turkmenistán ha reconocido que la construcción del gasoducto supondrá un coste de unos 3.000.000.000 de dólares. Los tubos transportarán, además del gas natural, una línea de fibra óptica. El gasoducto podrá transportar 20.000 millones de metros cúbicos/año. Existe la posibilidad de hacer paralelamente un oleoducto, lo que triplicaría el coste, pero también los beneficios.

Desde este momento la guerra entre las facciones afganas tiene otra significación. Hay que asegurar el control de los territorios atravesados por el futuro gasoducto. Y ésta será la tarea asignada a los *talibanes*. Charles Santos, adjunto americano de Mahmud Mestiri, representante de la ONU en Afganistán entre abril de 1994 y mayo de 1996, afirmaba públicamente: «Los *talibanes* son los libertadores de Afganistán». Un año más tarde, Santos era nombrado consejero de la firma Unocal.

El avance de los *talibanes* parecía una clara victoria para Unocal-Delta. La Administración Clinton había aplaudido abiertamente el proyecto de Unocal. Por su parte Moscú está trabajando en un proyecto con Qatar, basado en la firma Petróleos Media Luna, y ha invitado a compañías como British Gaz y Shell a participar en otro. Muchas de las rivalidades y alianzas son un secreto a voces y tanto los ejecutivos de Unocal como los *talibanes* han expresado sus temores sobre el peligro de que Irán mueva sus peones en Afganistán para socavar el gasoducto de Unocal.

El estancamiento de las operaciones en Afganistán no favorece los proyectos de Unocal y si se prolonga podría llegar a producir el desinterés de alguno de los socios: Washington, especialmente si el control sobre los *talibanes* se difumina. Moscú, por su parte, espera mantener el control efectivo sobre el petróleo que desde los campos de las Repúblicas del Asia Central iban al Caspio, pero no tiene fuerza suficiente para bloquear las comunicaciones que no van hacia el Oeste, ni bastante dinero para construir nuevos oleoductos. Kaveh Mussavi, director de Comercial Berry, compañía británica que transporta petróleo desde Turkmenistán a través de Irán, afirma con tono burlón que muchos de los proyectos en competición son «conductores de sueños, pero no de petróleo».

Unocal-Delta, que ha jugado un gran papel en la compra de jefes locales, han llegado a afirmar que parte de los beneficios, que podrían alcanzar los 100 millones de dólares/año servirían para la reconstrucción del país. Este verano —año 1996— Charles Santos recorrió con los *talibanes* diversas zonas por donde podría construirse el gasoducto y volvió encantado por el enorme apoyo recibido de todos «los señores de la guerra», incluyendo uno de los más poderosos rivales de los *talibanes*, Abdul Rachid Dostom. Si se tiene en cuenta la facilidad con que los afganos cambian de alianzas, conviene no desechar la idea de que algún jefe de guerra de primera fila fuera «convencido» por Unocal para apoyar la construcción del gasoducto.

En Afganistán hay otra fuente de ingresos: la droga. La amapola del opio se ha cultivado, tradicionalmente, en ciertas regiones, como Helman, Badakhshan y Nagarhar. Pero se trataba de una producción limitada a las débiles necesidades del consumo interior y al mercado iraní. Los cambios que tuvieron lugar en 1979, a raíz de la Revolución iraní y la invasión soviética han modificado profundamente este contexto. La ausencia de control estatal sobre una parte del territorio durante el decenio de los ochenta ha permitido la extensión

de los cultivos y el establecimiento de nuevas ramificaciones en dirección de Pakistán. El umbral de las 1000 tm de producción anual se alcanzó hacia 1988, cuando tuvo lugar la retirada de las fuerzas soviéticas y el repliegue de las tropas gubernamentales hacia los centros urbanos.

A partir del año 1992, diversos factores han favorecido la expansión de la producción afgana, que es ya equivalente a la de Birmania. Estos factores son:

- La destrucción de las infraestructuras a causa de los años de guerra, en particular los canales de irrigación, que incitan a los agricultores a buscar cultivos menos exigentes, como la amapola.
- El retorno masivo de los refugiados, principalmente poblaciones rurales, que buscaron cultivos rentables. El rendimiento anual de una hectárea sembrada de amapola de opio es de tres a cinco veces superior, al de una hectárea sembrada de trigo, incluso más en ciertas regiones aisladas, a pesar de las prohibiciones morales que pesan sobre este tipo de cultivo.
- El deterioro acelerado del Estado, que ha favorecido la transformación de una vasta zona de Afganistán en «zonas grises», sólidamente dominadas por antiguos *muyahidín*, reconvertidos en «barones de la droga».

Según el PNUCID, la producción de opio habría alcanzado más de 3.000 tm en 1994 y 1995. Más de 80.000 hectáreas se habrían sembrado estos últimos años, principalmente en las provincias de Nagahar y de Helmand. Los beneficios conseguidos son considerables y determinan las estrategias de los movimientos. Así, se estima que el *Hezb-i-Islami* habría conseguido estos últimos años más de 200 millones de dólares del tráfico de heroína, que transita, vía Asia Central y Turquía, en dirección a Europa. Al Este del país, algunas tribus pakhtunes están dedicadas por completo al cultivo de la amapola, como los *afridis* y los *chinwaris*, y actúan por cuenta de notables que viven en las zonas tribales de Pakistán. En el caos actual que impera en el país, hay numerosos actores —internos y externos— que ven con malos ojos las tentativas de restablecer un poder central susceptible de oponerse a unas actividades tan lucrativas.

Incluso los *talibanes*, que inicialmente se habían comprometido a luchar contra esta plaga, en nombre de la moral islámica, parece que obtienen jugosos beneficios. Así, se presentan con un lápiz y un cuaderno para calcular cuanto puede producir la plantación y dejan claro que hay que entregarles como impuesto un 10%.

Con el respaldo de la ONU se ha puesto en marcha un programa para convencer a los pobladores de las distintas zonas para que no planten amapolas, proporcionándoles de forma gratuita semillas de trigo o de maíz. Se ha iniciado otra línea de actuación que consiste en comprar, con financiación internacional, en el mercado de Jalalabad los paquetes de siete kilos de pasta de opio por 50.000 pesetas. Pero con escaso éxito, por cuanto por ese mismo paquete se puede obtener el doble.

Los «barones de la droga», con la bendición implícita de los *talibanes* cuentan con sus propias tropas para hacerse respetar. Se sabe que uno de los grandes mafiosos, Ajub Khan, se ha hecho construir en la carretera que sube desde Peshawar al paso de Khyber un formidable fortín con baños de oro y mezquita privada. Y todo importado de Europa.

La frontera afgano-paquistaní tiene 2.252 km y existen miles de senderos que permiten a los pakhtunes dedicarse a un trasiego incesante. De todas formas siempre hay un camiónero que quiere completar su sueldo y abundan los policías paquistaníes a los que no les llega la paga. Sin contar los casos en que el envío se hace por toneladas hasta el puerto de Karachi, desde donde se embarca para Europa una de las heroínas más cotizadas, la *Afghan 707*.

Los años de guerra en Afganistán han destruido el país y han causado inmensas pérdidas humanas, además de provocar unos movimientos de personas a los países vecinos huyendo de la guerra. Pero ha habido algo más, los palacios después de ser bombardeados han sido saqueados y las colecciones del Museo Nacional de Kabul, entre los más ricos del mundo por sus obras de China, India y Asia Central, han sido destruidas o robadas por los *muyahidin*, que las han mal vendido en los mercados de Pakistán.

De estos objetos, sólo una mínima cantidad ha podido ser localizada en manos de amantes del arte. Pero el «tesoro de Bagram», uno de los más hermosos descubrimientos arqueológicos del siglo —1.400 obras de arte procedentes de todo el mundo antiguo— ha desaparecido sin dejar trazas.

Factor geopolítico

En el «gran juego», expresión con la que Rudyard Kipling bautizó el enfrentamiento anglo-ruso en Afganistán en el siglo XIX, además de los actores locales participan varios países, manipulando en su beneficio a las diversas facciones. Sus declaraciones piadosas en favor de una vuelta a la paz bajo la égida de un gobierno de coalición dependen más del ejercicio diplomático impuesto que de la expresión de una voluntad real. La contienda ha tenido una serie de fases, en las cuales el centro de gravedad se ha ido desplazando, centrándose actualmente, y de forma provisional en Kabul, que con el triunfo de los *talibanes* se ha convertido en un régimen integrista.

La política afgana de Islamabad es compleja, ambivalente y evolutiva, en función de las circunstancias de cada momento. La idea fuerza de esta política ha descansado sobre la cuestión pakhtun. Islamabad concebía un Afganistán «ideal» que debía ser independiente, para que sirviera de glacis frente a los países de Asia Central, Rusia e Irán; dominado por los pakhtunes, pero heterogéneo desde el punto de vista étnico, débil económicamente y con cierto grado de inestabilidad política. Si Afganistán fuera fuerte siempre habría el riesgo de un eje Kabul-Nueva Delhi, que envolvería a Pakistán, reduciendo su profundidad estratégica frente a la India. Hay otro riesgo y es que Kabul pidiera la reconsideración de la línea Durand, que sirve desde el año 1893 de frontera entre los dos países, cortando en dos el asentamiento de la etnia pakhtun y lanzando la idea del Pakhtunistán que reuniría a los pakhtunes afganos y a sus hermanos paquistaníes, llamados pathanes.

Cuando en 1992 llegaron al poder en Kabul los tayikos, los intereses paquistaníes corrieron un serio peligro, por lo que Islamabad se vio obligado a diseñar una política que devolviera el poder a los pakhtunes afganos, manteniéndolos bajo la influencia de los pathanes paquistaníes, pero cuidando de que la relación de dependencia no se invirtiera, por cuanto

la población pakhtun es de 6,5 millones en Afganistán y de 12 millones en Pakistán. Así que jugaron la carta de Hekmatyar y del *Hezb-i-Islami*.

La prolongación del conflicto vino en apoyo de los intereses paquistaníes. Se descomponían las élites afganas. El pueblo afgano —en su mayoría pakhtunes— emigró hacia Pakistán, siendo acogidos por sus hermanos de etnia. Y Afganistán se debilitaba. Y los pathanes, que gozaban de una cierta autonomía y realizaban unos negocios prósperos, no tenían tiempo de pensar en la idea de Pakhtunistán.

La eclosión de la URSS, dando la independencia a las Repúblicas del Asia Central introduce un nuevo dato geopolítico en el problema. Estas Repúblicas constituyen una barrera frente a Rusia y además poseen unas riquezas que ofrecen grandes oportunidades económicas, por lo que hay que diseñar una nueva política, más activa, de intervención en Afganistán. Esta política se fundamenta en el ministro del Interior paquistaní, Nasrullah Babar, el partido paquistaní Jamaat Ulema-e Islami (JUI) y por la parte afgana, los *talibanes*. Los acontecimientos no se han desarrollado, exactamente, como se había previsto en Islamabad y la prolongación del conflicto podría poner en peligro la fidelidad de los *talibanes* hacia sus «padrinos», máxime si se tiene en cuenta la versatilidad de los afganos.

Teherán dispone de tres bazas para hacer fuerza sobre los acontecimientos afganos: las proximidades geográfica, lingüística y religiosa. El *dari*, traducción afgana del término *farsi*, constituye la lengua más hablada por delante del pakhtun. Pero la gran mayoría de los locutores persafanos son suníes. La República de Irán privilegió los lazos religiosos y se presentó como defensor legítimo de la minoría shií afgana, aproximadamente el 20% de la población afgana. Por esta razón Teherán mantiene estrechas relaciones con el *Wahhbat* e *Islami*, que recluta sus afiliados entre los hazaras.

Irán, por motivos históricos, pretende objetivos territoriales en la región de Herat, que fue, durante varios siglos, parte integrante del Imperio persa. El hecho de que la población de esta zona, aunque sean persafanos, suníes, constituye un obstáculo para la penetración iraní hacia los territorios poblados por los hazaras. Entre los años 1992 y 1994 varias tentativas iraníes, sin resultados, de desestabilizar a las autoridades de Herat.

En el primer trimestre el *Wahhbat* sufre serios reveses a manos de los *talibanes*, lo que obliga a Teherán a cambiar de táctica, y a falta de otra cosa mejor, se aproxima el campo gubernamental. Cuando a finales del verano de 1995, los *talibanes* conquistan la provincia de Herat, Irán privilegia abiertamente al dúo Rabbani-Massud, a los que considera como las autoridades legítimas. Hay en la estrategia iraní un temor a verse cercado por los suníes, por lo que desde principios de 1996 aboga por la constitución de un amplio frente que apoye a la coalición gubernamental con la finalidad de cerrar el paso a los *talibanes*.

Ali Akbar Velayati, ministro iraní de Asuntos Exteriores de Irán, que ha realizado una gira por Kirguizia, Kazajistán, Uzbekistán y Turkmenistán, el mes de octubre pasado, ha subrayado que:

«Los métodos militares no constituían una solución a la crisis, la cual no se podría resolver más que mediante las negociaciones y la comprensión mutua entre las diferentes facciones y partidos.»

Hay en la estrategia iraní también un interés económico, por cuanto para desenclavar las Repúblicas del Asia Central y más concretamente Turkmenistán presenta la alternativa de un eje comercial que uniera el entorno del mar Caspio con las aguas del Índico, a través de su territorio.

Para Arabia Saudí, el territorio de Afganistán es un terreno particularmente importante, en la lucha por el liderazgo del mundo islámico, si se tiene en cuenta el impacto que ha causado en la *Umma* la *yihad* llevada a cabo por los *muyahidin*.

Los saudíes también han buscado un actor sobre el terreno y a fuerza de petrodólares han instrumentalizado a una facción disidente del *Hezb-i-Islami*, defensora del *wahhabismo*, la *Ittihad*, que escogió como objetivo de sus ataques a los shiíes del *Wahhbat* por motivos religiosos —suníes contra shiíes—, étnicos —pakhtunes contra hazaras—, y por el antagonismo de sus «padrinos», Arabia Saudí contra Irán. Por último, las actividades saudíes en Afganistán no pueden ser bien vistas por Teherán, que ve sus intenciones en Asia Central en dificultades, por el hecho de tener un polo hostil en su flanco oriental.

Uno de los grandes perdedores en el conflicto afgano ha sido Rusia. Hay en primer lugar un error de estrategia, por cuanto Moscú siempre consideró que las Repúblicas del Asia Central constituían una zona que proporcionaba seguridad a sus fronteras meridionales y donde sus intereses vitales estaban en juego y donde debía ejercer su influencia de pleno derecho. En segundo lugar, la independencia de estas Repúblicas llevó consigo una pérdida de la influencia soviética en la zona, máxime cuando se les presentaba la posibilidad de dar salida a sus riquezas hacia el Índico y no continuar expotándolas hacia el Oeste, con los consiguientes beneficios para Moscú.

La situación en Afganistán ha suscitado un gran nerviosismo en Moscú. El Kremlin ha denunciado el fanatismo de los *talibanes* y ha adelantado que no piensa mantener contacto con ellos. El general Lebed, con la franqueza que le caracteriza, señaló el pasado 1 de octubre que:

«...Rusia debía ayudar moral y materialmente a los que se oponen a los *talibanes*.»

Incluyendo en este grupo, a la vez, al general Dostom, al presidente Rabbani y al comandante Massud, e incluso a Hekmatyar, que para Moscú representa el «fanatismo islámico», antes de la aparición de los *talibanes*. Pero en Rusia no hay unanimidad al respecto y Evgueni Primakov, ministro de Asuntos Exteriores, ha sugerido que las manifestaciones del general Lebed forman parte, pura y simplemente, de su campaña electoral. El ministro ha hecho un llamamiento a los presidentes de las Repúblicas de Asia Central, teóricamente unidas a Rusia por un tratado de defensa común en el seno de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y les ha hecho saber que Moscú no tomará ninguna decisión sin consultarles previamente.

Boris Yeltsin ha ido más allá y convocó, para el día 4 de octubre una cumbre en Alma Ata, Kazajistán, a los presidentes de las cinco Repúblicas, con la finalidad de «llegar a una posición común y adoptar las medidas adecuadas para reforzar las fronteras del sur de la CEI limítrofes con Afganistán». Moscú no ha dudado en agitar ese espectro del contagio islamista en la región con la finalidad de motivar a sus interlocutores. A señalar que a la conferencia no asistió el presidente Niyazov de Turkmenistán. El general Lebed por su parte, para fundamentar sus aseveraciones ha llegado a dibujar un cuadro apocalíptico —y por

el momento irreal— en el que las hordas de los *talibanes* arrollaban los puestos fronterizos rusos y se lanzaban, sin encontrar obstáculos por las llanuras siberianas, o bien provocando un conflicto tal que «el de Tchetchenia parecería un arañazo».

El deseo de Moscú de implicar a las cinco Repúblicas en la defensa meridional de la CEI presenta problemas por cuanto Turkmenistán —cuyo presidente no estuvo en Alma Ata— y Uzbekistán quieren el gasoducto, cuentan con el apoyo americano y siempre que consigan ciertas garantías, no tienen nada contra el poder de los *talibanes*, cuyo triunfo total facilitaría los proyectos de Unocal-Delta Oil.

Moscú está inquieto por la suerte de Tayikistán, que podría ser el primero en caer, aunque la situación en esta República es la consecuencia de sus errores. Desde el año 1992 cinco grupos étnicos se enfrentan por el poder: leninabadis, kuliabis, hissaris, gharmis y pamiris. Moscú apostó por los kuliabis que consiguieron imponerse, pero no tardaron en significarse por su incompetencia, rapiña y por la represión que desencadenaron para deshacerse de sus enemigos. Estos, islámicos moderados, tienen sus bases retrasadas en las provincias del norte de Afganistán, desde donde lanzan sus ataques contra el Ejército gubernamental. La precaria situación del gobierno tayiko determinó que el primero de octubre de 1993 los miembros de la CEI decidieron constituir una fuerza común, encargada de conseguir la paz en Tayikistán.

Esta fuerza tenía como misión proteger las fronteras meridionales del país contra las infiltraciones armadas procedentes de Afganistán y preservar a la CEI de la presión islamista, defendiendo los puntos sensibles del país. A pesar de los enfuerzos desplegados por Moscú, esta fuerza no consiguió el mandato de Naciones Unidas para su misión, aunque estaba financiada por la CEI. Rusia ostentaba el mando y proporcionaba un contingente de 15.000 hombres: 8.500 hombres de la CCI División de Fusileros Motorizados, 6.000 Guardias de Fronteras y 1.000 *spetnatz*. Por su parte Uzbekistán, Kirguizia y Kazajistán se comprometían a proporcionar, al menos 500 hombres cada una. A señalar la ausencia de Turkmenistán, que se negó a tomar parte activa en la crisis. Esta fuerza común cooperaba estrechamente con el Ejército tayiko compuesto por unos 9.000 hombres. Las fuerzas soviéticas desplegadas tenían poco valor operativo, estaban en un estado lamentable, gangrenadas por el alcohol, la corrupción y su implicación en los tráfico más diversos, incluida la droga.

El día 11 de diciembre pasado se firmó un protocolo de alto el fuego entre el presidente tayiko, lamali Rakhssonov y el jefe de la oposición islámica, Abdallah Nuri, al término de un encuentro celebrado en el norte de Afganistán, bajo la mediación de la ONU y del presidente afgano Rabbani. Los combates debían cesar a medianoche en todos los frentes que atraviesan las llanuras de Pamir. Una segunda conferencia estaba prevista entre los firmantes y sus delegaciones en Moscú, el día 19 de diciembre, a condición de que los jefes de la oposición respetaran un protocolo que militarmente les era desfavorable —porque debían ceder un terreno conquistado recientemente— pero políticamente ventajoso.

Uzbekistán es la principal potencia surgida de la recomposición de Asia Central y tiene pretensiones de convertirse en potencia regional, recogiendo una parte de las ambiciones regionales rusas, aunque disponiendo de unos medios más reducidos. Estos últimos tiempos ha mejorado sensiblemente sus relaciones con Islamabad, afirmando cada vez más su

autonomía frente a Rusia, lo que le ha reportado el apoyo de Washington quien no sólo lo ha convertido en su principal peón en Asia Central sino que hace grandes esfuerzos para que su presidente, Islam Karimov, pierda su imagen de sátrapa oriental comunista. Un eje Tachkent-Kabul-Islamabad, de carácter abiertamente pro-americano, sujeto a todas las incertidumbres habituales para Afganistán, donde las inversiones de las alianzas son una tradición, parece en todo caso inquietar a los dirigentes soviéticos.

Oficialmente Uzbekistán desea un arreglo político de los conflictos afgano y tayiko en un marco regional, con la finalidad de beneficiarse de la apertura de vías comerciales seguras hacia el oceano Índico. Tachkent concede una particular importancia al proyecto de un gasoducto transafgano que una los yacimientos del Asia Central a Pakistán.

En el marco regional Uzbekistán se presenta como el protector natural de las importantes minorías uzbekas que pueblan el Asia Central y que alcanzan los 3,7 millones, repartidas por Afganistán —1,3 millones—, Tayikistán —1,2 millones—, Kirguizia —550.000—, Kazajistán —350.000— y Turkmenistán, unos 320.000. En esta tarea de protección, presta apoyo al general Dostom —equipos militares y ayuda económica— a quien considera un escudo del mundo occidental frente al peligro islamista y al del narcotráfico.

Recientemente la política de Uzbekistán ha evolucionado un tanto hacia Tayikistán por quien demuestra un interés económico, ya que además del algodón y recursos mineros —uranio— posee extensos glaciares y por tanto inmensas reservas de agua dulce, utilizables no sólo para producir energía eléctrica, sino sobre todo para irrigar las zonas agrícolas de Asia Central.

India, principal aliado de Rusia en la región, prestó ayuda al régimen afgano y mantenía una Embajada en Kabul durante la intervención soviética. Después prestó una discreta ayuda al régimen de Najibullah.

A partir de 1992 la política india tiene un marcado carácter anti-paquistaní y proporciona una ayuda militar y económica, discretamente, a las fuerzas del comandante Massud. Hay rumores que señalan la presencia de técnicos y pilotos indios en algunas bases ocupadas por las fuerzas del dúo Rabbani-Massud.

China Popular sigue con interés los sucesos de las nuevas Repúblicas de Asia Central por temor a un contagio islamista en dirección a Xinjiang, zona occidental del territorio de la República donde, desde los años ochenta se han producido incidentes en el curso de los cuales se han encontrado armas procedentes de Afganistán.

La provincia de Xinjiang, todavía conocido como Turquestán chino, cuenta con una población de 16.000.000, de los cuales más del 50% pertenecen a etnias turcófonas y musulmanas suníes, pero el islam de esta zona es *sui géneris*, menos rígido que el de Arabia Saudí.

Hay algunos partidos islamistas, cuyos dirigentes están exiliados en Kazajistán o incluso en Turquía, con grupúsculos en el interior, que han establecido contactos con movimientos afganos y cachemiris, de los cuales han obtenido armas. Pekín, en los últimos años, sigue una política de provocaciones, que le permiten después, ante la reacción de la población, reprimir con dureza a la población musulmana.

Estados Unidos, ha participado en el «gran juego» desempeñando un papel principal esta vez. Washington se ha dado cuenta rápidamente de la importancia de lo que estaba en juego, concretado en una serie de objetivos estratégicos, económicos y políticos.

En primer lugar se trataba de no dejar al régimen iraní que extendiera su influencia más allá de sus fronteras y en caso necesario, encontrar los apoyos en la comunidad pakhtun establecida a un lado y otro de la frontera afgano-paquistaní. Conviene tener presente que Teherán, apoyándose sobre un gobierno que le fuera favorable en Kabul y sobre la comunidad hazara, de confesión shií y tradicionalmente pro-iraní, habría tenido la posibilidad de proseguir su penetración en Asia Central.

Pero había otro objetivo para Washington, tan importante como el anterior: debilitar la influencia de Rusia en una región donde ha sido tradicionalmente fuerte. Se trata de impedir la emergencia —o la reconstitución— de una potencia regional en la zona, que suponga una recomposición del espacio geopolítico ruso. Es un hecho que para atajar ese peligro los americanos, después del desmembramiento de la URSS se han esforzado en favorecer la extensión de la influencia turca en las repúblicas musulmanas ex soviéticas, todas turcófonas, a excepción de Tayikistán. Pero la carta turca no era lo bastante fuerte para una misión de esa envergadura y Estados Unidos se decidieron a intervenir directamente.

Por último señalar que los objetivos económicos han tenido también influencia en la decisión americana de apoyo a los *talibanes*. Las Repúblicas del Asia Central y en especial Turkmenistán disponen de enormes reservas de gas y en menor grado, de petróleo. Incluso podría haber decidido a los americanos, las seguridades dadas por saudíes y paquistaníes de que los *talibanes* permitirían el dominio de Estados Unidos sobre el gasoducto, sin hablar de otros proyectos americanos en Asia Central.

Estados Unidos juegan a fondo la carta paquistaní. Algunos analistas políticos llegan a afirmar que a cambio de este apoyo, se podía esperar obtener de las autoridades de Islambad que renuncien a sus ambiciones nucleares. De todos modos, los americanos prefieren que los beneficios de la apertura de las Repúblicas del Asia Central aprovechen a Pakistán antes que a Irán.

El hecho de que el movimiento *talibanes* sea una federación de afganos de todas las procedencias arropados con el manto del islam tradicionalista, dirigidos por unos *mollahs*, que no son todos religiosos, incluso algunos son antiguos oficiales comunistas de la tendencia khalquia, determina una división interna del movimiento *talibanes*, existiendo una tendencia dura que predica un reforzamiento del nacionalismo y del tradicionalismo y un distanciamiento del Pakistán.

El porvenir de la alianza entre los *talibanes* y Estados Unidos es problemático. Los *talibanes* han llegado a ocupar la mayor parte del país y a desalojar al gobierno de la capital. Pero su proceder en Kabul les ha atraído las críticas internacionales por sus atentados contra los derechos humanos y la democracia, tal como se entiende en Occidente, lo cual no ha dejado de sorprenderlos, por cuanto llegaron imbuidos a su papel de libertadores. Es posible que a medida que pase el tiempo, los *talibanes* vayan exigiendo más libertad de acción, convirtiéndolos en unos aliados molestos, por lo que no es de extrañar que lle-

gado el momento sus «padrinos» les agradecieran los servicios prestados. Los afganos son maestros en los cambios de alianzas.

Ensayo de prospectiva

Los contendientes en Afganistán, *talibanes* y fuerzas nordistas dependen totalmente de sus «padrinos», de modo que por sí solos son incapaces de imponerse a su rival. Estados Unidos, Pakistán y Arabia Saudí por un lado, y Rusia, Irán e India, por otro, sin citar a otros actores menores, tienen la clave del problema.

El ex embajador americano en Kabul, Robert Newman, señalaba, a finales del año 1996, que una reanudación de las entregas de armas rusas a los vencidos de Kabul violaría un acuerdo tácito ruso-americano, que data del verano pasado, previendo un embargo de tales entregas a todos los partidos afganos.

Desde las posiciones que ocupan actualmente, el terreno es favorable a las fuerzas nordistas, que defienden los 2.700 m de túnel de Salang, vía de acceso al territorio uzbeko, y los desfiladeros que dan entrada al valle del Panshir. Por otra parte, a medida que avanzan los *talibanes* hacia el Norte, abandonan la zona de implantación pakhtun, adentrándose en una región que les es hostil.

Actualmente ya están procediendo los *talibanes* a despoblar las zonas que ocupan al norte de Kabul por cuanto las poblaciones son favorables a las fuerzas nordistas, lo que hace más difícil su presencia sobre el terreno.

Desde el punto de vista operativo, las fuerzas nordistas presentan ventaja sobre los *talibanes*. El comandante Massud con la infantería tayika practica con acierto las tácticas de guerrilla, apoyado en el terreno que ocupa. Las fuerzas del general Dostom están bien organizadas y mejor armadas. En el campo talibán hay mucha mezcla y junto a *muyahidin* que adquirieron experiencia de combate contra los soviéticos hay afganos que carecen de adiestramiento militar más elemental.

Dada la estación del año y el terreno en el que se desarrollan los combates, podríamos estar ante un periodo de estancamiento de las operaciones y de mantenimiento de las posiciones ocupadas.

Hay analistas que señalan que podría aprovecharse el momento para llevar a cabo la negociación. A tal efecto se señala que el ministro paquistaní del Interior, Nasirullah Babar, se había entrevistado en Mazar-i-Sharif con el general Dostom, para hacerle, con el aval de Washington, la proposición siguiente: el general Dostom conservaría el control exclusivo de la región uzbeka, el comandante Massud la región tayika, mientras que los *talibanes* serían los dueños y señores de la mayor parte del país y por tanto controlando las regiones central y occidental, que constituyen el acceso a Turkmenistán, y a sus inmensas riquezas energéticas, y al Asia Central. Nadie duda que el equilibrio regional se vería alterado y el drama afgano perduraría con nuevas formas.

Después de 18 años de guerra el país está destrozado y sería necesario el apoyo occidental para la reconstrucción nacional. Ahora bien, cualquier ayuda requeriría que hubiera

una solución política y que Afganistán tuviera un régimen democrático. Sin que se cumplan estas dos condiciones, los organismos internacionales no se arriesgan a conceder alguna ayuda.

La coalición nordista anti-talibán, después de firmar un «acuerdo de defensa» —la *Jamaat-e-Islami* de Rabbani, el *Wahhat* de Karim Khalili y la milicia del general Dostom—, busca, en el plan político la formación de un gobierno de unidad nacional, en el que podría integrarse Hekmatyar, del *Hezb-e-Islami*, máxime después de que la caída de Benazir Bhutto ha llevado al primer plano de la escena política en Islamabad a la *Jamaat-i-Islami*, aliado paquistaní del *Hezb* afgano.

Este proyecto de gobierno de unidad nacional necesita de una personalidad, que no esté comprometida por los años de conflicto y que, al mismo tiempo, suscite la adhesión general. El rey Zahir Shah tiene 82 años y reside en Roma desde el año 1973, en que fue depuesto por su primo Daud, declarando la República.

Durante este tiempo —26 años—, en varias ocasiones, se le ha ofrecido la vuelta. En el año 1989, cuando los soviéticos estaban a punto de retirarse de Afganistán, su ministro de Asuntos Exteriores viajó a Roma para ofrecerle la vuelta al país como solución al problema que dejaban en Afganistán. La respuesta fue negativa.

Naciones Unidas también han considerado la solución monárquica. En uno de sus múltiples planes de paz, que fueron abortados, el enviado especial de la ONU para Afganistán, el tunecino Mahmud Mestiri, había propuesto la designación de una comisión de cuatro «hombres-buenos» afganos para que jugaran el papel principal en la resolución de la crisis. Y tres, de estas cuatro personalidades, eran monárquicos.

La figura del Rey ha sido objeto de innumerables maniobras que lo presentan tanto del lado de la coalición nordistas como habiendo firmado un pacto con los *talibanes*. El anciano monarca duda, no obstante, en comprometerse, lo que ha provocado una reacción despechada de Burhanuddin Rabbani, quien en unas declaraciones al periódico francés *Le Monde*, el pasado 5 de diciembre, señalaba:

«Yo no tengo el sentimiento de que Zahir Shah esté dispuesto a comprometerse personalmente», para continuar quitándole realidad a la solución real, afirmando que «hay gentes en su entorno que razonan como hace 25 años, cuando la sociedad afgana ha cambiado desde entonces. Quieren que las calles de Kabul se limpien y que la electricidad sea restablecida, antes de que se les invite a volver tranquilamente para gobernar el país». Terminando por rechazar la solución, acusando al Rey de que «todavía no ha condenado las atrocidades de los *talibanes* y la ingerencia paquistaní.»

Los que sostienen un pretendido pacto de Zahir Shah con los *talibanes* ven como prueba el hecho de que el movimiento tiene su feudo en Kandahar, que es precisamente la cuna de la Monarquía, completándola con el hecho de que la mayoría de los *talibanes* son pakh-tunes, de la confederación tribal de los durrani, que es precisamente de donde proceden las dinastías afganas.

Es cierto que hay una pequeña minoría de *talibanes*, movidos por la nostalgia, que abogan por un Afganistán tradicional como antaño, que incluso se han esforzado por convencer a

Washington de que, el triunfo de los *talibanes* sería la ocasión de restaurar la Monarquía, que podría ofrecer sus servicios para administrar el país, ante la incompetencia del movimiento para llevar a cabo esta función. Por otra parte los años de resistencia anti-soviética han determinado el declive de la aristocracia tribal en beneficio de los *mollahs*, los cuales no están dispuestos a ceder su poder a unos exiliados. Por otra parte, la tendencia mayoritaria de los *talibanes*, pura y dura, no quiere oír hablar ni del Rey, ni de los que le rodean. Por último, la tesis de un pacto secreto realistas-*talibanes* es tanto menos creíble cuando se ve que hay tendencias monárquicas que se han unido al campo anti-talibán, como es el caso del *pir* Sayyed Ahmad Gaylani, jefe del *Majaz-e-Islami*, que recientemente se ha asociado a la coalición nordista.

La agitación en torno a la figura real corresponde más a una esperanza que a un ofrecimiento de los servicios. El Rey, sumamente discreto, ha expresado en alguna ocasión que no deseaba ocupar el trono, pero, a mediados de septiembre pasado anunció que «había decidido volver a Afganistán para desempeñar el papel que le corresponde, en el límite de sus capacidades». Diez días después de estas manifestaciones, los *talibanes* entran en Kabul y la decisión real se debilita. A partir de este momento los rumores sabiamente orquestados se suceden, según los cuales el triunfo de los *talibanes* abría el camino a la vuelta del Rey, lo cual venía a ser una legitimación del movimiento de los «monjes-estudiantes». Este escenario habría sido preparado en Islamabad. En una declaración, el 16 de octubre pasado, se distancia de los *talibanes*, sin nombrarlos, y vuelve a señalar el objetivo de su vuelta que «será próximamente realizable».

Pakistán ha estado presente en las maniobras tendentes a legitimar a los *talibanes*, con un respaldo real. Conviene recordar que en junio de 1995, las más altas autoridades de Islamabad recibieron con gran pompa a Sardar Abdul Wali, cuñado del rey Zahir Shah. El hecho es significativo, por cuanto durante la resistencia anti-soviética Islamabad se había esforzado en desacreditar al rey Zahir Shah, porque el Rey era el heredero de una Monarquía odiada por haber atizado, durante los años cincuenta, el irredentismo de las tribus *pakhtunes* del Pakistán, reivindicadas por Kabul. El hecho de que Islamabad se hubiera olvidado de sus antiguas actitudes, daba idea de la dirección de su estrategia.

Hoy —enero 1997— la coalición nordista está a la búsqueda de una personalidad *pakhtun* respetada, capaz de dar credibilidad a la fórmula de reconciliación nacional por la que trabajan.

En razón de su edad y de su pasado, la vuelta del rey Zahir Shah es poco probable, por lo que es más probable que se pusieran los ojos en su cuñado Sardar Abdul Wali. El hecho de pertenecer a la familia del rey Zahir Shah podría suscitar la desconfianza de algunas de las etnias, por lo que la coalición nordista podría haber pensado en otra solución de sustitución, menos prestigiosa: la familia *pakhtun* de los *karzai*, originaria y con residencia en Kandahar, el feudo de los *talibanes*. El hecho de que los *tayikos* —de Massud— y los *uzbekos* —de Dostom— elijan un *pakhtun* tiene mucho de estrategia para atraerse a las etnias, a pesar de sus obediencias actuales.

Naciones Unidas han continuado sus esfuerzos con vistas a terminar el enfrentamiento militar, buscando la negociación entre las partes y condenando los excesos de los *talibanes* a raíz de su conquista de Kabul. A estos propósitos responde la resolución 1.076

(1966), adoptada por el Consejo de Seguridad, en su reunión 3.706, de 22 de octubre de 1996.

Posteriormente, bajo los auspicios de Naciones Unidas se abrieron negociaciones de paz en Islamabad, que se iniciaron el 13 de enero de 1997, entre los *talibanes* y la coalición nordista. Los temas a tratar eran: el cese de las hostilidades y la desmilitarización de Kabul. Las negociaciones fracasaron porque la exigencia de la desmilitarización de Kabul, planteada por la coalición nordista no era aceptable por los *talibanes*.

ANEXO

Naciones Unidas

Consejo de Seguridad

Distribución: General.

S/RES/1076 (1996)

22 octubre 1996.

Resolución 1.076 (1996).

Adoptada por el Consejo de Seguridad en su reunión 3.706 de 22 de octubre de 1996.

El Consejo de Seguridad:

Habiendo considerado la situación en Afganistán.

Recordando las anteriores declaraciones del presidente del Consejo de Seguridad sobre la situación en Afganistán, incluyendo la del 15 de febrero de 1996 (S/PRST/1996/6). La carta de 28 de septiembre de 1996 (S/PRST/1996/40) y la carta de 22 de agosto de 1996 del presidente del Consejo de Seguridad dirigida al secretario general (S/1996/683).

Recordando también la resolución 50/88 de la Asamblea General.

Teniendo en cuenta la declaración conjunta de 4 de octubre de 1996 de los dirigentes de Kazajistán, Kirguizistán, la Federación Rusa, Tayikistán y Uzbekistán concerniente a los acontecimientos de Afganistán (S/1996/838),

Expresando su preocupación por la continuación y reciente intensificación de la confrontación militar en Afganistán, que ha provocado bajas entre la población civil y el incremento del número de refugiados y desplazados, lo que pone seriamente en peligro la estabilidad y el desarrollo pacífico de la región.

Profundamente preocupado por la discriminación de la mujer y otros abusos de los derechos humanos en Afganistán.

Resaltando la necesidad de evitar más bajas entre la población civil y haciéndose eco en este sentido de las propuestas, de un alto el fuego inmediato, intercambio de prisioneros de guerra y de la desmilitarización de Kabul.

Urgiendo a las partes a resolver sus diferencias por medios pacíficos y a conseguir la reconciliación nacional por medio del diálogo político.

Resaltando la importancia de la no injerencia en los asuntos internos de Afganistán y evitar la corriente de armas y munición hacia las partes en conflicto en Afganistán.

Convencidos de que las Naciones Unidas, como intermediario imparcial universalmente reconocido, deben continuar desarrollando su importante papel en los esfuerzos hacia la resolución pacífica del conflicto afgano.

Agradeciendo el deseo expresado por los Estados miembros durante la reunión del Consejo de Seguridad de 16 de octubre de 1996, de apoyar el diálogo entre las partes y de facilitar las negociaciones encaminadas a la consecución de un acuerdo político del conflicto:

1. Invita a las partes al cese de las hostilidades, a renunciar al uso de la fuerza, a dejar de lado las diferencias y a comprometerse en un diálogo político que tenga por finalidad conseguir la reconciliación nacional y un arreglo político duradero del conflicto y a establecer un gobierno de transición plenamente representativo de unidad nacional.
2. Resaltando que la principal responsabilidad de encontrar una solución política al conflicto descansa en las partes afganas.
3. Invita a todos los Estados a abstenerse de interferir de ninguna forma en los asuntos internos de Afganistán, incluyendo la intervención de personal militar extranjero, respetar el derecho del pueblo afgano a decidir su propio destino y a respetar su soberanía, independencia, unidad e integridad territorial.
4. Solicita el cese inmediato del suministro de armas y munición a cualquier facción en conflicto en Afganistán.
5. Reitera que la continuación del conflicto de Afganistán proporciona un caldo de cultivo al terrorismo y al tráfico de drogas que desestabiliza la región y sus alrededores y exige a los líderes de las facciones el cese de tales actividades.
6. Expresa su pesar por las bajas de civiles provocadas por las minas y exige a las partes a evitar el empleo indiscriminado de minas terrestres.
7. Solicita al secretario general, en colaboración, si lo estima necesario, con los Estados interesados y las organizaciones internacionales, en particular la OCI, a continuar sus esfuerzos para promover el proceso político.
8. Reafirma su total apoyo a los esfuerzos de las Naciones Unidas, en especial a las actividades de la misión especial de las Naciones Unidas en Afganistán en facilitar la reconciliación y la consecución de un acuerdo político duradero con la participación de todas las partes en conflicto y todos los sectores de la sociedad afgana.
9. Exige a todas las partes en conflicto cooperar con la misión especial de las Naciones Unidas en Afganistán y exhorta a todos los Estados interesados y organizaciones internacionales a dar los pasos necesarios para promover la paz en Afganistán, apoyar los esfuerzos de las Naciones Unidas con este fin y a emplear toda su influencia para exhortar a las partes a cooperar plenamente con la misión especial de las Naciones Unidas en Afganistán.
10. Solicita que todos los partidos cumplan sus obligaciones y compromisos respecto a la seguridad del personal de la misión especial de las Naciones Unidas en Afganistán y de otras organizaciones internacionales y sus representantes en Afganistán, no difi-

cultar la corriente de ayuda humanitaria y cooperar plenamente con las Naciones Unidas y sus órganos asociados así como con otras organizaciones y agencias humanitarias en sus esfuerzos para responder a las necesidades humanitarias del pueblo de Afganistán.

11. Denuncia la discriminación contra las mujeres y la violación de los derechos humanos y de la ley humanitaria en Afganistán y resalta con profunda preocupación sus posibles repercusiones en la ayuda internacional y los programas de reconstrucción en Afganistán.
12. Invita a todos los Estados y organizaciones internacionales a prestar toda la ayuda humanitaria posible a la población civil de Afganistán.
13. Solicita al secretario general que continúe manteniendo informado al Consejo de Seguridad de forma regular sobre la base de la recibida de la misión especial de las Naciones Unidas en Afganistán sobre la situación política, militar y humanitaria y a transmitir las recomendaciones para conseguir un acuerdo político.
14. Solicita que el secretario general remita un informe de la implementación de esta resolución antes del 30 de noviembre de 1996.
15. Decide permanecer involucrado activamente en este asunto.